



ELLEN SIMON

«Estaba interpretando un papel, aunque en el fondo seguía siendo yo misma.»

Te amo

my Valentine

Te Amo, my Valentine

**Novela de:
Ellen Simon**

Ilustración de Lorena Laurenti

© Todos los derechos reservados a la autora.
Primera edición: mayo de 2017

*A quien es consciente que ser
es más importante que aparentar.
A quien cree en los flechazos (sobre todo antes de verse por primera vez...).*
A quien sabe perdonar alguna pequeña mentira.

Esta novela es una obra de ficción.

Nombres, protagonistas, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora, o han sido usados de forma ficticia. Cualquier semejanza o parecido con lugares, historias o personas, reales o fantásticas, vivas o fallecidas, es del todo casual e involuntario.

La reproducción no autorizada de la presente novela por parte de la autora, sea tanto parcial como completa, y su relativa difusión en formato digital o en PDF se considera violación de los derechos de autor, y por tanto, será sancionable penalmente.

Sumario

[Capítulo 1 - Trabajar para vivir](#)

[Capítulo 2 – La suite de Victoria Winters](#)

[Capítulo 3 – Un encuentro inesperado](#)

[Capítulo 4 – Una cena especial](#)

[Capítulo 5 – Las mentiras tienen un precio](#)

[Capítulo 6 – Un plan infalible](#)

[Capítulo 7 – La presentación](#)

[Capítulo 8 – Confesiones](#)

[Capítulo 9 – Encuentros \(des\)afortunados](#)

[Capítulo 10 – Un secreto más](#)

[Capítulo 11 – Mi princesa eres tú](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

•

Capítulo 1 - Trabajar para vivir

Podía leer claramente la ansiedad en sus ojos, tanto en los pequeños y casi rasgados de la pequeña Terry, como en los grandes y saltones de la corpulenta Maggie.

La primera se llevó la mano a la boca, deseosa de retomar la mala costumbre de comerse las uñas que había dejado sólo recientemente gracias a enormes esfuerzos; la segunda, se colocó nerviosamente por millonésima vez un mechón rebelde detrás de una de sus orejas de soplillo, mientras daba rienda suelta a su patológica flatulencia en detrimento de las desafortunadas que se encontraban a sus espaldas.

En el vestuario del hotel las camareras de pisos se estaban vistiendo y estaban ya preparadas para comenzar su turno; algunas se habían parado a escuchar la que parecía ser la noticia del día, otras continuaban con sus cosas.

Hice lo que pude para no ponerme a reír de la alegría, y contrariamente, para mostrarme incluso entristecida, casi incapaz de darles una mala noticia.

« ¡Basta de terneros en ascuas!» me exhortaron, casi al unísono.

« Vale, chicas, el señor Hackmann ha sido muy amable, como de costumbre» empecé, midiendo bien las palabras. «Me ha explicado que el año pasado no se ha cerrado bien para el Saint Valentine, que el hotel necesita una reestructuración urgente y que, con el inminente cambio de propiedad, algunos puestos se reasignarán y una parte del personal podría no continuar, pero..., ¡yo sí!».

Exulté, luciendo una sonrisa radiosa de oreja a oreja, que parecía que me cubría toda la cara.

«¡He superado el periodo de prueba y me han contratado! ¡Ahora tengo un trabajo fijo!» grité, saltando de puntillas, y mis amigas se unieron inmediatamente formando un tríptico de idiotas saltarinas.

«Nueve meses de prueba, básicamente un parto, ¡y ahora por fin has parido!» prorrumpió Maggie, con su tradicional delicadeza campesina.

«¿A quién le importa?» exclamó una voz desde el fondo de la habitación.

«¡Culona envidiosa!» explotó Terry.

«Sí, Dorotea, hoy te toca a ti limpiar los baños, ¿por qué no empiezas?, ¡y luego metes la cabeza y tiras de la cisterna!» se desahogó Maggie.

«El trío de las despistadas al completo, no sabes qué alegría» ironizó una cincuantona.

«Me alegro por ti, mi niña, pero eres demasiado buena para hacer este trabajo. Tienes buena cabeza, y aquí, al no ser que tus amigas te den la vuelta y usan tu cabeza como una fregona, no conseguirás nada» añadió otra.

«Teresa, sé que este trabajo no es lo mejor, pero es un trabajo digno y me permite vivir, y cada puesto hay que desempeñarlo de la mejor manera y con la mayor dedicación y empeño posible» argumenté.

«¿Lo ves? Tienes cabeza, y también lengua.»

«Sí, y no ha tenido ni siquiera que usarla para convencer al viejo Hackmann para que le diera un trabajo, ¡Menuda suerte!».

Se desató una carcajada general, y no fue lo único que sonó estrepitosamente. El corcho de una botella de champán rebotó en el techo, golpeó en la cabeza de Terry y acabó chocándose en medio de la 105 generosa de Maggie, generando una ovación propia de un campo, como si se hubiera marcado un *touchdown* en la Super Bowl.

Algunos instantes después, la puerta del vestuario se abrió y entró firmemente el responsable, el baboso Brent Snail¹; no había otro apellido tan oportuno.

«¿Qué es este estruendo infernal?, ¡He escuchado un ruido fragoroso!»

«¡Fuera! ¡Este es el vestuario de mujeres!» protestaron muchas, inútilmente.

«¡Nada que te importe, mirón!» replicaron otras voces, que no le permitieron dar una amplia y precisa visión general a toda la habitación.

«Vamos, vuestro turno ya ha comenzado, tenéis que limpiar varias habitaciones, y el salón grande tiene que relucir antes de medianoche. Jenny Rivers, sígueme, tengo el calendario de los turnos para ti y para tu grupo de trabajo.»

«Ya voy, jefe» contesté, para nada contenta con la idea de pasar tiempo sola con aquel tipo.

«Espéranos, vamos contigo» susurró Terry mientras acababa de prepararse.

«Tranquila, sé mantener a raya a ese baboso; la última vez ya ha captado la indirecta y ha aprendido a tener las manos en su sitio» la tranquilicé, encaminándome hacia la salida del vestuario.

Brent me esperaba fuera, en el pasillo.

Podría ser hasta un chico guapo si no fuera por esos pequeños ojos de hurón malvado y esa sonrisita inquietante; pero estos detalles eran lo de menos si los comparamos con su merecida fama de acosador en serie, pulpo y palpador profesional.

«Me he enterado de su contratación estable, le felicito señorita Rivers» dijo cortésmente.

«Ya, gracias señor.»

«Sé que ha habido algunos roces entre nosotros, pero creo que ahora tendremos tiempos de limarlos» añadió con un tono tranquilo que me sorprendió.

Comencé a pensar que igual lo había juzgado mal, pero me recordé a mí misma que no bastaba con ver un resquicio de luz para purgar la oscuridad que algunos llevaban dentro.

Lo seguí hasta su modesto despacho, donde me invitó a entrar, deteniéndose en la puerta. Lo adelanté, prestando atención a no restregarme ni lo más mínimo contra él, cuando repentinamente sentí un fuerte empujón en la espalda.

Me abalancé hacia adelante y me estrellé contra la mesa. Intenté levantarme, pero inmediatamente percibí su mano presionándome entre los omoplatos, mientras que con la otra me manoseaba el trasero.

«La última vez te me has escapado, Jenny, pero esta vez descubrirás por qué me llaman *gran snail*.» =

Intenté liberarme, pero la desfavorecida posición y su fuerza me lo impidieron.

«¡Suéltame, idiota!»

«Ya sabes cuánto me tiene en consideración el jefe. Te ha contratado, pero como siempre hay un primer mes de prueba. Quéjate de lo que voy a hacerte y negaré todo categóricamente. Acabarás sin empleo y trabajando en la calle» amenazó, mientras intentaba desabrocharse los pantalones y al mismo tiempo inmovilizarme.

Con toda la fuerza y precisión que tenía en ese momento, flexioné la pierna y el puntiagudo tacón de los zapatos poco prácticos proporcionados por el personal demostró su utilidad. Se clavó, quirúrgico y disciplinario, justo donde tenía intención de introducir sus “partes”.

Apretó las nalgas y se apartó; aproveché para levantarme, darme la vuelta y acabar el trabajo con una buena patada, golpeándolo con el empuje en los testículos flácidos.

Snail se desplomó al suelo, se llevó las manos a los genitales y se contorcía del dolor, gimiendo afónicamente.

«Sé que el dueño cree que eres un ángel de la guardia, pero lo que tú no sabes es que el Valentine está a punto de cambiar de gestión. La familia Winters se hará cargo a principios de marzo, así que deja de molestarme a mí y a mis compañeras, o la próxima vez perderás no sólo la virginidad anal, sino también tu trabajo, ¡baboso!»

Observé el tablero y encontré colgado mi horario y el de las chicas. Arranqué la hoja y la metí en el bolsillo, me repuse, respiré profundamente un par de veces, lancé una patada con la puntera al estómago del pervertido, demasiado dolorido como para replicar, y abandoné su triste despacho.

Mis amigas me estaban esperando fuera de los vestuarios; estaban todavía preocupadas por mí, pero cuando me vieron llegar se tranquilizaron.

«¿Estás bien, cariño?» preguntó Terry.

«Dejémoslo en que he rechazado un pequeño incentivo que me ha ofrecido. Creo que si no lo ha entendido esta vez, ya no lo hará» manifesté, ocultando mi preocupación.

Ese había sido el segundo intento de Brent de aprovecharse de mí. La primera vez conseguí escapar del cuarto de mantenimiento en el que me había empujado, pero pasé un mal cuarto de hora. Supe más tarde que otras chicas no habían corrido mi misma suerte, pero él era intocable: cuando era el portero, había salvado la vida a Kurt Livingstone, el casi expropietario del Saint Valentine, empujándolo a la acera cuando, borracho como una cuba, estaba a punto de lanzarse a la carretera en mitad del tráfico de última hora.

«Tesoro, un bonito anillo en el dedo y un marido celoso es lo que necesitas» comentó Maggie.

«O que los hombres dejen de pensar con el miembro» contesté.

«Jenny sabe cuidar de sí misma» afirmó Terry, «pero tienes razón, tía. Necesita un hombre, y más ahora que el catorce de febrero se acerca.»

«No, necesitaba un trabajo fijo y ahora ya lo tengo, así que no me metáis ideas raras en la cabeza. La fiesta de San Valentín nunca me ha interesado mucho. Además, me parece ridículo que los enamorados, o presuntos enamorados, tengan que comportarse románticamente sólo un día al año, y me parece todavía más estúpido que quien esté soltera intente encontrar a la desesperada al primero que está a tiro para no quedarse sola.»

«Tengo una maravillosa idea: una gran fiesta en mi casa, en el jardín» propuso Terry, pasando olímpicamente de mis argumentos.

«¿Te refieres a ese matorral que se extiende detrás de la valla rota de tu casucha de bruja?» contestó Maggie.

«¡Me refiero al jardín! Invitaré a mi primo Héctor, al hermano de mi marido Thomas, y tu llevarás a tu compañero de piso, Tedd.»

«Olvídate, es abiertamente declarado homosexual. No obstante, podría llevar a mi vecino Sheldon. Intenta siempre sonsacarme una cita, pero es demasiado esmirriado para mi gusto. Tendría miedo de aplastarlo si me

pongo encima, pero para Jenny es perfecto; ella es de la talla adecuada.»

«Oye, ¡Estoy aquí delante!, ¿Queréis dejar de invitar a gente? No llaméis a nadie y no me hagáis ninguna fiesta, lo que me gustaría realmente es que saliéramos las tres juntas a tomarnos una birra» contesté, luciendo una de mis mejores sonrisas.

«¿Pero cuánto gastas en dentífrico?» preguntó Terry.

«Es verdad, tienes una dentadura envidiable, y parece que tienes un poder magnético de persuasión realmente increíble» admitió Maggie.

«Yo la envidio más por sus tetas» insistió la primera, dando a mis gemelas un generoso apretón.

«¿Pero qué había en ese champán?» pregunté sorprendida, dándole una palmadita en la mano descarada. «Es mejor que comencemos a trabajar, el turno de hoy será largo. Tenemos que limpiar también la suite del ático.»

Al final pude sacar lo mejor del dúo de locas desatadas. Esas adorables alocadas habían logrado que sacara de mi mente el pensamiento sombrío del acoso fallido, del mismo modo que conseguían, todos los malditos días, hacerme aguantar aquel trabajo malagradecido y carente de perspectivas.

-

Capítulo 2 – La suite de Victoria Winters

«¡Qué suerte! Nos ha tocado limpiar la suite más grande del Saint Valentine» refunfuñó sarcástica Maggie de frente a la inmensa habitación, más grande que todo mi apartamento entero.

Yo había adorado siempre aquella habitación, y tener que ordenarla no lo consideraba un castigo. El interior de color rojo púrpura, telas de alta calidad, un sofisticado mobiliario y aquella grande y cómoda cama de matrimonio. Y luego la vista que se disfrutaba desde allí arriba, parecía que tenías la ciudad bajo tus pies. No soñaba con ello, pero era bonito de vez en cuando poder observar el mundo desde una posición privilegiada. Desde allí arriba, los problemas parecían honestamente pequeños, como la multitud de personas que bullía en las aceras subyacentes.

Cuando acabé de hacer la cama, me encontré un hallazgo inesperado.

«Parece que ha habido un buena fiesta ayer» afirmé, agitando lo que me había encontrado mientras hacía la cama: un bonito conjunto de lencería.

«¿Es de la señora Winters?»

«Uhm, no creo. Ella es una tabla de planchar que compite con Terry, pero a mí me está bien» dije, probándome encima de la ropa el sujetador de encaje, una 95 ancha.

«Entonces las historias que circulan de ella por ahí no son sólo palabrerías. ¡Jasmine, la jefe de sala del catering morenita, tenía un amorío con ella!» profirió Maggie, produciendo gases por la emoción de haber sacado un trapo a relucir de ese tamaño.

«Chicas, esa no es la única cosa que la ricachona se ha dejado. Venid a ver» nos instó Terry.

Nos precipitamos inmediatamente al armario de ocho puertas, ante el cual nuestra amiga se había prácticamente petrificado.

«Esto no es un armario, es un tipo de pasadizo como el de Narnia, que en vez de llevarnos a ese frío mundo, nos lleva directamente a Milán, al prêt-à-porter.»

Las dos locas empezaron a descolocar las prendas como si fueran las rebajas del mercado de la zona.

«¡Con cuidado! Las ha dejado aquí pero no se habrá olvidado de ellas. Si estropeamos aunque sea sólo una, adiós sueldo durante uno o dos años.»

Un *oooh* de sorprendida admiración llegó a mis pabellones auriculares.

Observé detenidamente el objeto que me producía tanta excitación y me quedé encandilada, deslumbrada. Un verdadero flechazo con un vestido, y no me digáis que no os ha pasado al menos una vez en la vida.

Aparté las dos fundas que lo rodeaban como Moisés hizo con las aguas del Mar Rojo, y las atravesé con las manos trémulas para alcanzar aquella valiosa reliquia.

Resistí a la tentación de llamarlo *mi tesoro*, pero mentalmente lo hice.

«Es realmente precioso» mascullé entusiasmada, sin encontrar el valor suficiente para rozarlo con mis manos.

«¿Por qué no te lo pruebas?» sugirió inmediatamente Maggie.

«Ya, Pruébatelo» coincidió Terry.

Su obscena propuesta me sedujo. Me di cuenta que lo deseaba fervientemente, como si aquel día, y toda mi vida, no tendría sentido si no lo hiciera; aún así intenté oponerme al deseo y resistí firmemente.

«No, no quiero disgustos. No hoy que me han hecho el contrato»

«Qué pena. Yo me lo probaría si fuera de mi talla.»

«Es verdad, Terry es enana como Lilo de pequeña.»

«Y tú tienes la talla de la princesa Fiona en la versión verde. Ella es la única que podría ponérselo.»

«¿Estáis diciendo en serio que puedo probármelo?» pregunté, esperando que insistieran aún más, desmantelando mis dudas restantes.

«¿Para qué lo preguntas? Ya tengo el teléfono preparado para la foto, desnúdate» me animó Terry, y eso fue suficiente para convencerme.

Este último y lujosísimo hotel, y mi tour promocional por fin habrá acabado, pensé, apoyando mi maleta metalizada frente a la mesa de la recepción.

Un empleado estirado, con un impecable traje negro casi más elegante que el mío me dio la bienvenida amablemente.

«Señor Richard Larso, es un verdadero honor tenerle como huésped del Valentine» empezó con una interpretación digna de un Oscar que casi me llevó a pensar que se trataba de una auténtica admiración hacia mi persona.

«Es un honor para mí hacer una presentación en vuestro prestigioso hotel» contesté luciendo una sonrisa falsa.

«Para una personalidad de su calibre tenemos reservada la suite presidencial en el ático» precisó el joven, comprobando los datos en la pantalla del ordenador.

«Perfecto, no esperaba recibir un trato similar. Normalmente mi editor es más bien tacaño» ironicé, viéndolo palidecer. Pero comprendí enseguida que había sido culpa de mi comentario.

«Siento informarle, señor, que la suite ha sufrido un daño técnico. Desgraciadamente el jeque Ahmed Amid ha dejado algún pequeño desperfecto que necesita ser arreglado, y tengo fijado para hoy por la tarde la intervención de los obreros.»

«Estará bien otra colocación, tal vez temporánea.»

«Para una celebridad de su nivel, nada que estuviera por debajo de una suite sería un alojamiento adecuado» insistió, halagándome con su mirada y sus palabras, algo que comenzó a hacerme creer que su interés era más personal que profesional.

Escribió frenéticamente en el teclado con ambos índices, más rápido de lo que lo haría yo con diez dedos.

«Tenemos la solución» anunció, observando el reloj de pared que tenía a su espalda. «La segunda suite del ático se ha liberado esta mañana. Es la mejor sin duda; alojaba a la señorita Winters, la futura propietaria del Saint Valentine» precisó, orgulloso.

«De acuerdo, me quedo con ella» acepté esbozando una sonrisa.

Me entregó las llaves y la tarjeta metálica, y llamó al botones.

«No es necesario, gracias. Tengo sólo una maleta y me gusta ocuparme de mis cosas» expliqué, dejando aún así una propina al muchacho.

Desabroché rápidamente los botones de la camisa de trabajo que formaba parte del odioso uniforme blanco y marrón tostado, que hacía juego a la perfección con los pasillos del Valentine pero a que mi no me sentaba para nada bien.

Impedí que Terry me fotografiara cuando tenía puesto sólo las bragas y el sujetador, y toqué delicadamente aquel extraordinario vestido. Rojo, con toques dorados y una marca de alta moda compuesta por dos letras entrelazadas.

Cuando me lo puse pensé que tendría casi un orgasmo, y la cosa me sorprendió. Nunca había dado mucha importancia a este tipo de cosas, pero aquel vestido me hechizó.

Se deslizó en mi piel como la delicada mano de un amante deseoso de poseerme.

Me estaba estrecho de pecho, pero por el resto parecía hecho para mí. La falda era perfecta: ni aunque la hubieran diseñado directamente sobre mi cintura me habría estado tan bien.

Terry e Maggie tenían los ojos con forma de corazón. La primera tomó un

par de fotos, la segunda me pidió dar una vuelta por la habitación, llena de espejos, donde podría desfilarse para ellas y observarme mejor.

El hecho de contar con una habitación en el ático me impulsó a rechazar las escaleras a favor del cómodo ascensor. Dentro, un joven me preguntó a que planta iba.

Le indiqué el destino y comencé a mirarme las ojeras por la falta de sueño que se reflejaban en el amplio y luminoso espejo, alrededor del iris color chocolate. Me observé también el cabello encrespado: entre el castaño pardo claro comenzaban a salir hilos plateados.

«Mi madre es una gran admiradora suya. Ha comprado todas sus novelas» afirmó el muchacho, reconociéndome.

«Me alegro, dele las gracias de mi parte.»

«Al principio no conseguía descubrir quién era el asesino, pero después cogió el truco y ahora lo adivina hacia la mitad del libro o incluso antes» manifestó, sonriendo.

No conseguí disimular una cierta contrariedad ante esta última afirmación, y él lo notó.

«Oh, señor, con esto no quería decir que usted sea predecible o previsible; sus novelas policiacas son siempre muy buenas, *excepcionales*, eso es, ¡la palabra exacta es excepcionales!» se retractó, asintiendo y sudando frío.

«Tranquilo, me han dicho cosas peores. Hay algo peor que hablen de uno, y es que no hablen, ¿no es así?» lo animé, dándole una palmada en el hombro.

Reflexioné sobre cómo con treinta y ocho años había conseguido ya escribir y publicar nada menos que veinte novelas, sin contar las antologías y las traducciones. Me pregunté si estaba acabando mi vena creativa o si empezaba a ser demasiado repetitivo y predecible. Hice un gesto supersticioso en el interior del bolsillo. No creía en esas cosas, pero de vez en cuando no hacen daño.

Cuando llegamos a la planta, el chico se despidió de mí respetuosamente y me indicó cuál era mi habitación. Aflojé otra propina, esta vez bastante modesta, y me dirigí a mi destino.

Mientras mis amigas me observaban fiesteras, yo desfilaba dándomelas de gran diva, dando vueltas a lo largo y a lo ancho del lujoso salón de la suite.

Llegué frente a la puerta y por un momento casi olvidé pasar la tarjeta

magnética que desactivaba la alarma. Qué vergüenza si hubiera saltado.

Terry me puso el sombrero de ala ancha que completaba el atuendo. Me lo coloqué cuidadosamente, prestando atención al pelo y continué el desfile con la cabeza gacha.

Giré la llave en la cerradura, dando tres vueltas necesarias para abrirla. Ajusté el agarre de la maleta y abrí la puerta. Entré, observando durante un instante hacia el suelo las ruedas que habían reducido considerablemente la velocidad sobre la suave moqueta.

Levanté el ala del sombrero mientras el hombre que estaba de frente a mí levantaba la mirada del suelo, encontrándome repentina e inesperadamente ante Richard Larson, mi escritor favorito, el hombre con el que más había fantaseado, tanto en mis sueños como despierta. Estaba allí, en frente de mí. El cambio de horario visible en su rostro extenuado lo hacía más verdadero, más real. No era perfecto como en las fotos de la contraportada de sus libros, pero en mi opinión era más guapo. Me miró y me sonrió, avergonzado, y yo lo estaba todavía más.

- **Capítulo 3 – Un encuentro inesperado**

«Perdone la intrusión, señorita. En la recepción me habían asegurado que la suite estaba libre. Salgo ahora mismo» Dijo inmediatamente, disgustado.

Sonreí, atontada, abrí los ojos de par en par y alargué un brazo para retenerlo.

«¡No, no! Ya está libre. Nosotras sólo teníamos que, yo sólo tenía que...»

«Señorita Lakes, estamos empaquetando la vestimenta y los efectos personales de la señora Winters. Casi hemos terminado. El Saint Valentine se encargará de entregárselos donde desee.»

Comprendí inmediatamente que Terry, lista como era, estaba improvisando una coartada, de modo que le seguí el juego.

«Gracias, señorita. Proceda»

«¿Así que se trata solamente de un imprevisto momentáneo?» preguntó, sonriendo.

«Desde luego. La señora para la que trabajo ha olvidado llevarse algunas cosas de la suite, y me ha enviado para que me asegurara de que le sea entregado todo» mentí, adelantando ligeramente la verdad, ya que en breve, si no me despedían antes, trabajaría realmente para la Sra. Winters.

«Sin duda no quiero ocasionar molestias imponiéndooos mi presencia; esperaré en el hall. Diga al personal que se tome su tiempo.»

«Entonces, ¿quiere escapar a toda costa?» pregunté, haciendo una extraña mueca. «¿No tiene ni siquiera tiempo para firmar un autógrafo a una admiradora suya?»

«Ah, ¿Usted es una de mis lectoras? En tal caso siempre tengo tiempo para un autógrafo.»

«Ya he comprado y leído su último trabajo, pero desgraciadamente no lo tengo aquí» dije, desconsolada.

«Bueno, probablemente tendrá la oportunidad de traérmelo durante la presentación. Se celebrará aquí, en la sala de conferencias del Valentine, mañana por la noche.»

«¿Justo el día de San Valentín?» objeté, inquieta.

«Estoy de acuerdo con usted en que la idea no es excelente, pero no soy yo quien se ocupa de la promoción. A mi editor le parecía adecuado hacer una presentación en tal fecha, teniendo en cuenta el nombre del hotel.»

«Qué contenta estará su mujer: quedarse sin su propio marido el día de los enamorados» argumenté, negando con la cabeza.

A mis espaldas, sentí Terry y Maggie toquetear perchas y vestidos.

«Honestamente no hay ninguna mujer que llorará mi ausencia: estoy

soltero» reveló.

«Como su último protagonista, Jason Lightman. Tengo que decir que no ha sido una de sus creaciones más brillantes.» Me tapé la boca un instante después de haber proferido aquella crítica.

Rompió a reír agudamente.

«No me malinterprete: ¡Le adoro!, bueno, ¡Adoro sus libros!» precisé, sonrojándome como una adolescente en la primera cita. «Pero tengo que decir que sus últimos libros han perdido un poco el empuje en comparación a sus primeras producciones, cuando usted era todavía un auto-editor. Entonces se tomaba más libertades, escribía a rienda suelta y sin las limitaciones que ahora seguramente le serán impuestas para ser más convencional y comercial.»

«Veo que entiende un poco del mundo de la industria editorial y que me sigue desde hace varios años, ¿no es verdad, señorita...?» preguntó, tendiéndome la mano.

«Perdone, no me he presentado todavía: Jenny, Jenny Lakes» precisé, maldiciendo la escasa fantasía de Terry por pasarme de Rivers a Lakes¹.

Le estreché la mano con una fuerza exagerada, adquirida gracias a mi duro trabajo. Tensa como estaba en ese momento, pudo dar las gracias si no le rompí alguna falange.

«Bueno, visto que tenemos todavía un par de minutos antes de que las camareras acaben su trabajo, ¿tendría algo más que recomendarme?, ¿tal vez alguna sugerencia?»

«No tengo sugerencias, más bien le pido disculpas si antes le he parecido pedante e inoportuna» dije, evitando comprometerme aún más.

«No hable así, he apreciado su sinceridad, y pienso que en parte tiene razón. Siempre he defendido que una crítica para ser aceptable tiene que ser constructiva, justificada y educada; usted ha satisfecho los tres requisitos para que no me moleste.»

Maggie entró en la habitación con la ropa perfectamente doblada y empaquetada.

«Hemos terminado, disculpe la espera, señora. Señor, la habitación está libre» comunicó con cierta preocupación.

«Me da la sensación de que los dos minutos han pasado rápidamente» advertí, francamente decepcionada por tener que despedirme de él.

«Qué pena, me hubiera gustado haber proseguido con esta conversación. ¿Qué opina si continuamos con calma durante la cena? Tal vez esta noche, así

podría firmar su libro dado que mañana por la noche seguramente tendrá otros compromisos»

«Estoy libre las dos noches, y sí, acepto con mucho gusto su invitación.»

«Lamentablemente no conozco bien la ciudad, pero me han aconsejado un restaurante italiano, el *Marea*. Dicen que es estupendo.»

«No he tenido la oportunidad de ir, pero es famoso y sé donde se encuentra.»

«Perfecto. He alquilado un coche, puedo pasar a recogerla a la hora que prefiera.»

Reflexioné brevemente: de ninguna manera podía venir a recogerme al puesto de trabajo, y tampoco a mi ruinoso apartamento o la historia de portada fracasaría estrepitosamente. Estaba intentando engañar a un famoso escritor de novelas policíacas, tan guapo como inteligente, por lo que tuve que ser rápida en dar una respuesta que pareciera espontánea, pero prudente al decidir el lugar de encuentro.

«Estaré cerca de Park Avenue, en la esquina con la vigesimotercera, sobre las ocho; entonces habré acabado de trabajar. Podemos encontrarnos allí.»

«Con mucho gusto. Le dejo mi número de teléfono por si hubiera algún imprevisto que espero que no ocurra.»

Me dio una tarjeta de visita y se alejó de la puerta para cederme el paso.

Salí, y mis cómplices me pisaron los talones con el valioso cargamento de vestidos de marca. Él cerró lentamente la puerta cuando ya estábamos lejos en el pasillo.

Resistí a la tentación de dar una patada en el culo a esas dos provocadoras. Y les hice una señal explícita para que me siguieran en silencio y rápidamente al vestuario.

Sólo cuando me escabullí de aquel maravilloso vestido y me puse de nuevo la ropa de trabajo conseguí comentar lo que había sucedido.

«¡Joder!, ¿os dais cuenta de lo que acaba de ocurrir?»

«Has encontrado un guapo ricachón que te ha confundido con una *life coaching*, o *personal shopper*, es decir, con una chica con un cargo raro que trabaja para una millonaria. Y te ha invitado a cenar en un prestigioso restaurante» resumió Terry.

«¡Ese era Richard Larson, el famoso escritor!, ¿sabéis quién es?, ¿éxito de ventas en Estados Unidos durante cinco semanas consecutivas?»

«Yo no leo mucho, pero teniendo en cuenta la buena pieza de buey que era entiendo por qué te gusta tanto hojear sus libros» reflexionó Maggie.

«Leer, no hojear.»

«¡Quisquillosa y con suerte!» replicó Terry.

«¿Con suerte?, ¿y por qué exactamente?, ahora tendré que buscar una excusa y rechazar su invitación, no puedo arriesgarme a que me descubran ligar con un cliente del hotel.»

«¿Pero estás loca?, ¡Tú esta noche te pones el vestido más elegante que tengas en el armario, te arreglas y pasas una velada candente con ese tipo!» berreó Terry.

Mascullé una sonrisita de frente a aquel entusiasmo, pero me indigné pensando cómo mis queridas amigas me estaban infravalorando: «No soy una mujer de una sola noche, y él no es un hombre que se junta con la mujer de la limpieza.»

«Eso no lo sabes, ¡Igual es uno que está obsesionado con la limpieza!» respondió Maggie.

«¿Qué más te da? No irás como Jenny Rivers, sino como Srta. Lakes. Jugarás en igualdad de condiciones y te darás a conocer, después verás que se puede hacer. Puedes intentarlo, ¿no?»

«Ya, vete a disfrutar de una buena cena, te llenas de calorías costosas y vino de calidad, después vuelves aquí, lo empujas a la cama que acabas de hacer y te lo tiras hasta desmayarte» comentó Maggie, imitando la escena sexual de manera indescriptible.

«Aunque quisiera, no podría volver aquí con él, sería demasiado arriesgado.»

«Escucha, ¿te gusta ese tipo?» insistió Terry.

«Si supieras cuánto...» murmuré con expresión soñadora.

«Entonces vete a cenar con él, disfruta de la noche y no pienses en el resto» concluyó, dándome una sonora palmadita en el trasero.

•

Capítulo 4 – Una cena especial

Un viento gélido y despiadado recorría Park Avenue aquella noche del lunes trece de febrero. Me puse la bufanda alrededor del cuello y coloqué el sombrero de lana con sumo cuidado.

Los coches pasaban volando junto a las aceras abarrotadas. Un bullicio de personas se apresuraba para volver a casa o buscar un lugar donde cenar.

Miré el reloj del teléfono, al que le faltaban 5 minutos para las ocho, cuando un vehículo azul metalizado se acercó lentamente a la acera.

«Richard bajo rápidamente y dio la vuelta. La primera cosa que noté de él fue su espléndida sonrisa, que no tenía nada que envidiar a su elegante traje italiano, también azul oscuro».

«Buenas noches, señorita Lakes» me saludó guiñándome un ojo, mientras abría la puerta del coche para acomodarme. «Espero no haberte hecho esperar demasiado»

«En realidad he sido yo quien ha llegado antes de lo debido. Por suerte tú también has llegado con antelación.»

«Prefiero esperar a que me esperen, y para llegar puntual habré salido al menos hace una hora» me comunicó un instante antes de cerrar delicadamente la puerta.

Vi cómo Richard, con delicadeza y desenfado, había admirado mis piernas ceñidas en la falda que llevaba por encima de la rodilla, que se flexionaban grácil y suavemente mientras ocupaban el asiento del pasajero. Sufrir un poco de frío había valido la pena por aquella mirada rebosante de admiración y deseo.

«He reservado en el *Marea* para las veinte y treinta, pero no tengo ni idea de donde está. ¿Puedes ayudarme? Si no, tendremos que fiarnos del navegador».

«¿Nunca habías estado en Nueva York antes?»

«He estado para promocionar otros libros, pero no tengo familiaridad con las calles, ¿pero cómo cogerla con la magnitud de esta Metrópoli? En cualquier caso, prefiero con creces perderme conduciendo que coger un taxi o arriesgarme a que no los haya cuando los necesito.»

«Tranquilo, conmigo no te perderás. Si es que sigues al dedillo mis instrucciones.»

Esta vez fui yo quién le guiñó un ojo.

«Estaré pendiente de todas y cada una de tus palabras» confirmó, arrancando el coche.

Nunca había estado hasta entonces en el *Marea*. Mi modesta economía no

habría podido aguantar tal desembolso económico, y ninguno me había invitado nunca a un lugar así. No obstante, como chica previsora que soy, me había estudiado en *Google maps* el recorrido más rápido y lo había memorizado repitiéndolo varias veces.

Cuando llegamos a nuestro destino, Richard entregó las llaves del vehículo al aparcacoches, que le dio un ticket.

Me ofreció la mano para ayudarme a bajar, y después el brazo para caminar juntos. Acepté con satisfacción su manera de actuar galante y espontánea.

Cuando entramos en el salón principal, lo primero que me sorprendió fue una estupenda concha que, a los ojos de una neófita como yo, me parecía un enorme caracol color leopardo.

La fragancia y los aromas que impregnaban el local no fueron para menos. Invadieron mi olfato, suaves e hipnotizantes, y llamaron mi atención, como si quisieran que los siguiera hasta la cocina, donde me habría rendido para siempre a su merced.

Estaban esperando nuestra llegada porque, en cuanto introdujimos un pie en el local, uno de los chefs, un hombre de unos cincuenta años, más bien corpulento, vino felizmente hacia nosotros con paso ligero.

«¡Señor Larson! Es un honor tenerle como cliente. Doblemente si contamos también con su hermosa señora.»

«El honor y el placer son nuestros. He sentido hablar muy bien de vuestro restaurante, y no podía perdérmelo en mi segunda visita a la ciudad.»

«¿Cuál es nuestra mesa?» pregunté, observando la maravillosa sala que parecía no tener cubiertos libres para dos.

«Para un invitado tan importante como el señor Larson hemos preparado una sala privada. Por favor, síganme.»

El hombre chasqueó los dedos y un joven camarero se presentó para después seguirlo con deferencia. Nos escoltaron hasta la sala privada, donde no había un alma excepto nosotros. La suntuosa habitación estaba a nuestra completa y exclusiva disposición.

La madera brillante, ensalzada por la luz coloreada e homogénea de las lámparas halógenas naranjas, daba al ambiente un toque de elegancia y de calor.

Los cuadros en la pared, que representaban crustáceos no claramente definidos y arte abstracto moderno, volvían muy especial aquella íntima sala.

«No les molesto más; les deseo que pasen una buena velada y espero que,

si todo es de su agrado, tenga la amabilidad de firmarme un libro o dos» profirió el chef, mientras el camarero nos entregaba el menú y la lista de los vinos.

Empecé a hojear el extenso menú traducido en dos idiomas, en inglés y en italiano. Estaba muy hambrienta, pero quería prestar atención a lo que pedía, ya sea para no hacer pagar una fortuna a mi acompañante como para evitar pedir cosas que no fueran de mi gusto.

Richard eligió rápidamente, señal de que estaba familiarizado con aquellos platos, y después pasó a la lista de vinos.

«¿Te parece bien un *Elba Ansonica*, un *Cecilia*?» preguntó.

Fingí pensar en ello, después hice un pequeño gesto y asentí.

«¿Sabes? El lenguado me gusta mucho, y por lo que veo parece bastante interesante» afirmó, desplazando la mirada del menú hacia mí.

«¿Qué?» dije asombrada.

«Lo sirven con rábano, menta y salsa de erizos de mar. Lo prefiero a la solla, es más sabroso aunque el aspecto exterior es casi idéntico» argumentó.

Sonreí.

«Estoy de acuerdo, el lenguado es siempre lenguado.»

«Adoro la pasta con almejas pero pienso que esta vez la probaré con bogavante. A continuación, un cóctel de cigalas y gambas con brandy. Y para iniciar un entrante de la casa» decretó, cerrando y juntando ambos menús.

Lo examiné detenidamente: parecía entusiasmado con la idea de saborear esos platos. Pensé que una parte de la emoción fuera debida a mi compañía, y la mirada que tenía constantemente posada en mí confirmó mi intuición.

Cerré el menú, segura de la elección que estaba a punto de hacer.

«Normalmente tomo mis decisiones, pero parece que conoces bien el tipo de cocina del local, así que pediré yo también lo mismo.»

El camarero llegó, tomó nota de los pedidos y se alejó de la sala. Poco después, llegó una de sus compañeras joven y encantadora con el vino y el pan recién hecho.

Una música delicada y de ambiente se difundió gradualmente.

«Por lo general no hablo mientras como, pero dado que estamos esperando, ¿qué te parece si me cuentas algo de ti?»

Suspiré, intentando buscar un tono seguro y hablé un poco sobre mí, omitiendo algunos defectos. ¿Pero quién no lo hace?

«Nací en Delaware, mi padre tenía una pequeña granja con todos los animales malolientes que te puedas imaginar.» Sonrió al escuchar mi

pintoresca expresión. «Cuando era pequeña creía que era genial, pero cuando crecí, me di cuenta que en aquel lugar no había mucho que pudiera hacer.»

«¿Así que recibiste la llamada de la Gran Manzana?»

«Sí, acabé el colegio con buenas calificaciones y me dieron una modesta beca de estudios, luego me gradué en Literatura y busqué un empleo. Vivir en Nueva York no es fácil para nadie. Hay que tener suerte.»

«Trabajar como secretaria personal de Victoria Winters no está mal. ¿Qué haces exactamente para ella?»

«Básicamente limpiar sus desastres» revelé, con voz baja. «Limpio los rastros de su paso turbulento y organizo su agenda personal.»

«Supongo que tiene que ser exigente suplir las necesidades de una rica noble inglés.»

«Lo es, pero hablemos de ti, tu carrera es mucho más interesante» desvié rápidamente.

«A decir verdad, he elegido la sala privada precisamente para que puedas dar rienda suelta a tus críticas más duras sin que lleguen a oídos inoportunos.

«Perdóname, no quería parecerme arrogante cuando nos conocimos.»

«Ya te lo he dicho, no tienes que disculparte por haber sido sincera conmigo. La sinceridad es una de las cualidades que más aprecio en absoluto, y además te aseguro que he recibido opiniones peores que la tuya.»

Traté de contener la indignación que sentía hacia mí misma por estar equivocada en algo que siempre había considerado indispensable: la sinceridad.

«Con tu trabajo tendrás que lidiar con horribles críticas y lameculos falsos y obsequiosos...» Me llevé una mano a la boca, consciente del término grosero que se me había escapado.

Rió entre dientes.

«Hay muchos lameculos, pero aún así algunos de mis admiradores aprecian realmente mi trabajo. De todas formas es bueno constatar cuántas tipologías de lectores hay por ahí.»

«¿Como por ejemplo?»

«Bueno, está el lector atento a una sintaxis perfecta y a las erratas, siempre preparado para flagelarte si encuentra una letra fuera de su lugar o una coma suelta. O bien, el crítico experto del sector, que ve copias y plagios por todos los lados dado que él a estas alturas ha leído todo lo relativo al conocimiento humano y sabe comparar en tiempo real todos los tomos.

Esta vez fui yo quien rió entre dientes.

«Después está el compañero bajo falsa apariencia, una de las categorías más peligrosas. Esta especie de predador nocturno, que cumple fechorías con la ayuda de la oscuridad, está convencido de que se necesitan dos recensiones falsas y vejatorias para hundir una obra.»

«Después están los lectores de toda la vida, los que se enamoran de ti desde los primeros libros, que han seguido tu carrera entre altibajos, fama y dificultades. Que te han defendido, apoyado, aunque no supieras de su existencia, y años después, ahora que te has convertido en un fenómeno de masas, famoso y conocido para la mayoría, prefieren tus primeros relatos y les cuesta reconocerte en lo que escribes ahora.»

Me miró aturdido. Había enmudecido repentinamente.

«He hablado de más, ¿verdad?»

«No, todo lo contrario. Es que no sé que me ha impresionado más, que prefieras mis primeras obras de auto-editor o que hayas dicho que estás enamorada de mi.»

Enrojecí, pero inmediatamente aclaré mi afirmación: «Quería decir enamorada de ti como escritor, por supuesto.»

No sé por qué, pero no me pareció para nada creíble.

«¿Sabes? Me recuerdas mucho a una lectora que me seguía en mis comienzos. También ella era directa y sincera, como tú. Desde luego sois muy diferentes de las admiradoras que se ponen en contacto conmigo hoy en día, que parecen más interesadas en enviarme fotos tuyas para la próxima portada o en mi fuente de ingresos.» Miró hacia arriba, como queriendo buscar un recuerdo lejano. «Creo que su alias en las redes sociales donde chateábamos era *Lady Violet*.»

Tragué saliva enrojeciendo inmediatamente, ¿y qué otra cosa podía hacer? Mi vieja identidad secreta acababa de ser descubierta. Él, como el escritor de novelas policiacas que era, se dio cuenta en seguida de mi incomodidad y no tardó mucho en atar cabos.

Abrió los ojos y la boca, incrédulo, y expresó su hipótesis: «No, no es posible. No me digas que aquella chica... ¿Eras tú?»

Después de una sonrisita tímida, que resultó ser bastante tonta para la ocasión, meneé ligeramente la cabeza.

«¡Increíble!» exclamó entusiasmado.

«Es increíble que te acuerdes todavía de mi, han pasado años, y en aquel entonces era más pedante que ahora.»

«¿Pero qué dices? Adoraba nuestros intercambios de opiniones.

Continuamos por un tiempo, después redujiste tus visitas y finalmente ya no me escribiste más»

«Bueno, la culpa fue tuya. Te habías vuelto demasiado famoso para responder a todo el mundo o para conceder un poco de tu valioso tiempo a una sola fan» protesté en un modo no muy sutil.

Se mostró francamente arrepentido.

«Frecuentar asiduamente las redes sociales me impedía escribir y me exponía a improductivas disputas que a menudo no conseguía evitar. De este modo, durante un tiempo dejé de entrar. Sumergirme en la escritura a veces me hace parecer un ermitaño, quita espacio a la familia, a los amigos y a las personas especiales como Lady Violet, como *tú*.»

La llegada de los entrantes me salvó *in extremis* de aquella mirada magnética, plagada en ese momento de ferviente interés. No obstante, volví al ataque, sucumbiendo al deseo de aclarar mi opinión inicial sobre sus libros, lo que me permitió apartarle de aquellos recuerdos lejanos, extrañamente todavía actuales y vivos en su memoria.

«Tus primeras novelas eran placenteramente atípicas. Se veía la pasión reflejada en las páginas, tus ideas eran brillantes, las tramas casi impredecibles. Me encariñaba siempre con los personajes, cada uno único y especial, con una voz que se escuchaba en un coro con otras mil. Encontraba tu humorismo, a veces un poco extremo, honestamente divertido.»

«¿Y ahora?, ¿Qué le pasa a mis últimas novelas?»

«¿Seguro que no te enfadas? Osé preguntar, observándolo disimuladamente.»

«Tú puedes decirme lo que sea, como mucho no te firmaré mi libro» respondió, sereno.

Reí nerviosamente. «Vale, como ya te he dicho bajo la falsa apariencia de Lady Violet, lo que más me gustaba de tus primeras novelas eran las escenas de acción. Parecía que las tenías delante de los ojos, como en una película, o que estaba dentro directamente. Ahora parece que has introducido una cámara lenta. Están rellanas de pausas, descripciones y de palabras ampulosas y vacías, que las hacen minuciosas e inútilmente extensas, en perjuicio del carácter inmediato de una obra.»

«A menudo me criticaban por escribir de manera demasiado simple y poco descriptiva, no sabía que había pasado al extremo opuesto. ¿Algo más?»

«Tus protagonistas ahora son mucho más serios, desengañados supongo. Las historias son tristes, con poca esperanza y falta de ironía. Parece que has

cambiado de género. Si no fueras tú, diría que se trata de algún escritor fantasma que no ha sabido adaptarse a tu manera de escribir, pero yo sé que escribes siempre solo tus novelas y que tienes ritmos elevados de trabajo con tal de no saltarte ningún plazo.»

Suspiró y miró alrededor, apoyó los cubiertos y reveló: «Sería un hipócrita si te escondiera esto, pero te pediría que te lo guardaras para ti.»

Asentí, intrigada.

«He escrito siempre solo y en tiempo récord, pero mi actual editor me ha impuesto plazos excesivos incluso para mí. He tenido contratiempos familiares y personales, así que me he visto obligado a dejar que una joven escritora me ayudara en la redacción de algunos pasajes del libro. De los cuatro últimos, en realidad. Ha desarrollado partes secundarias de la trama, escribiendo escenas y partes de las que no estaba plenamente satisfecho, pero no he tenido capacidad de decisión y no he podido aplazar el lanzamiento de las novelas para tener la oportunidad de revisarlas.»

Leí la desilusión en sus ojos, que ahora miraban hacia el suelo. Me quedé gratamente sorprendida de que me hubiera contado un secreto semejante. Si se infiltrara una indiscreción por mi parte, su trabajo se resentiría considerablemente. Era una señal de que, tal vez gracias a Lady Violet, se fiaba enormemente de mí.

Con un suave toque le acaricie el mentón y lo alcé. Ahora su mirada estaba exactamente donde tenía que estar: enfrente de la mía.

«¡No permitas a ningún editor que te haga esto, nunca! No haces sólo daño a tus lectores, sino también a ti mismo, a tus historias y a tus personajes.»

«Nunca te haría daño» dijo, acariciándome el dorso de la mano que después acabó entre las suyas, no sin antes haberlas besado delicadamente.

Permanecemos en aquella situación durante un tiempo que no sabría cuantificar, y luego no sé quién de los dos empezó a hablar primero, aún de escritores, lectores y editores, incluso de portadas. Era su mundo, pero yo lo conocía bien, y Richard se sorprendió gratamente. Hablamos también de él, de cómo había conseguido ser uno de los pocos solterones de oro que no habían aparecido todavía en las portadas de las revistas del corazón por algún extraño escándalo, y de cómo su trabajo lo tenía constantemente ocupado a expensas de la familia y amigos.

Los platos, exquisitos y sabrosos, llegaban continuamente llamando la atención menos de lo que merecían. Después de un sorbete de limón y un café expreso, dejamos con gran pesar el local, no sin antes de que Richard

firmara al menos siete libros.

Aquel lugar mágico nos había brindado una atmósfera íntima perfecta para conocernos el uno al otro, y esta vez en persona. Traté de ser en la mayor medida posible yo misma, aunque encubrí mi verdadera vida, dándole un toque dorado y recargado que realmente no tenía.

Me estaba abrochando el cinturón del coche cuando Richard me preguntó dónde podía llevarme.

Me había entrenado para dicho momento, cuando habría querido acompañarme a casa, y tal vez subir. No estaba preparada para pasar la noche con él; y pese a que mi cuerpo y mi corazón lo querían, no cedí a mis impulsos.

Teniendo en cuenta la naturaleza de mi ostentoso y falso trabajo con la señora Winters, tendría que decirle que me alojaba temporalmente en un lugar con un cierto prestigio, por lo que pensé en un lujoso hotel.

«Me alojo en el Hilton, por suerte a cargo de mi superior» afirmé, avergonzándome de mi misma por haber mentido de nuevo.

Buscó el destino en el navegador y arrancó. Hablamos todavía más, durante todo el viaje en coche, esperando que no acabara nunca. Pero no fue así.

«Aparco el coche y te acompaño. Puedes estar tranquila, no tengo malas intenciones» anunció.

«No te preocupes, puedes dejarme en la entrada. Estoy cansada y mañana por la mañana tengo que levantarme pronto para trabajar.»

«De acuerdo, está bien» aceptó, sorprendido y un poco decepcionado.

«He pasado realmente una velada maravillosa» admití, triste por el epílogo. Me acerqué a él y lo besé en la mejilla, aunque una parte de mis labios rozó los suyos.

«Yo también me lo he pasado bien, y espero verte de nuevo, tal vez mañana, en la presentación de mi libro. Entre otras cosas porque, a pesar de que conoces algunos pormenores oscuros, me has pedido una dedicatoria que todavía no te he hecho.»

«Llevaré la primera edición de tu prima novela, querría que me firmaras esa» contesté sonriendo.

«Lo haré con mucho gusto. Buenas noches, Jenny.»

«Buenas noches, Richard.»

Me despedí de él con la mano, mientras el vehículo desaparecía en el tráfico urbano.

Me sentí tremendamente culpable. Él había sido sincero conmigo, y yo en cambio le había mentado, aun cuando nunca en las cosas importantes, en lo que pensaba de él y de su trabajo, o sobre quién era realmente, más allá del trabajo, el dinero o la posición social.

Estaba interpretando un papel, aunque en el fondo seguía siendo yo misma.

- **Capítulo 5 – Las mentiras tienen un precio**

Miré que hora era: eran las veintitrés pasadas. Sabía que aquella hora no habría muchos taxistas que aceptaran una carrera hasta mi barrio, pero lo intenté igualmente.

Tuve suerte: alguien aceptó mi llamada.

Helada, me abracé con mis propios brazos y golpeé con los pies en el suelo para evitar que se durmieran.

Cuando el taxista llegó, me preguntó cuál era el destino.

Se sorprendió de que una señora elegante y refinada como yo, literalmente, tuviera que ir hasta un barrio con tan mala fama a esa hora de la noche.

Insistí sin dar explicaciones y él aceptó la carrera, así que entré.

El taxímetro subía despiadadamente; comprobé a cuánto ascendía mi presupuesto, temiendo que no fuera suficiente para cubrir el recorrido completo.

«No tengo mucho efectivo encima» revelé. «¿Son suficientes veintiún dólares y treinta tres céntimos?» pregunté esperanzadora.

El taxista refunfuñó, continuó algunos cientos de metros más, y se detuvo el lado derecho.

«Son suficientes para llegar hasta aquí, sin contar la propina.»

Observé detenidamente: faltaban todavía un par de manzanas para llegar a mi apartamento de East Harlem.

«Es tarde y estoy sola. ¿Podría hacerme el favor de acompañarme hasta el final? Me aseguraré de pagarle la diferencia si me deja un número de contacto.»

«No es mi problema si está sola y vive en un barrio así. No obstante, si me dejas subir, claro que te llevo a casa» propuso, clavando las pupilas en mis piernas.

Con desprecio, le tiré el dinero encima y bajé del taxi.

El frío penetrante me hizo aligerar el paso. Intenté no hacer mucho ruido y caminar bajo las farolas, pese a que un poco de luz no era una gran protección.

Estaba a punto de llegar, cuando un silbido detrás de mí me sobresaltó.

«Hola, preciosa, ¿por qué no vienes a jugar conmigo?»

Ignoré la petición y aceleré el paso todo lo que pude.

«¡Hey, zorra, estoy hablando contigo!»

El tono se volvió áspero y furioso. Me giré rápidamente para ver lo lejos que estaba aquel tipo y comencé a correr. Los botines con tacones altos no me facilitaron la tarea.

El chico tiró al suelo una botella vacía y comenzó a correr detrás de mí; sus dos amigos lo siguieron.

El corazón me latía a mil por hora, y la respiración entrecortada producía nubes de condensación que prácticamente me cubrían el rostro.

Divisé un portal entreabierto en frente, pensé que sería mi salvación si conseguía meterme dentro y cerrarlo, pero alguien lo cerró antes de que pudiera llegar.

Miré a mi alrededor, pero la calle estaba vacía y mi casa todavía lejos para esperar que mi reducida ventaja fuera suficiente para asegurarme la salvación.

«¡Te voy a follar!» gritaba aquel loco detrás de mí, peligrosamente cada vez más cerca.

Extendió una mano para agarrarme, sentí la punta de sus dedos tocarme el abrigo, lo que me hizo acelerar el paso.

Un segundo manotazo me hizo volar el sombrero, pero aún no me había cogido.

Estaba gordo y seguramente tenía el estómago lleno de cerveza; sus amigos no eran para menos, y pensé durante un instante poder conseguirlo, cuando me agarró por el pelo.

Apretó los dedos tan fuerte que parecía que me iba a surcar la cabeza con las uñas. Presionó y tiró con fuerza. Mi frente retrocedió hacia atrás, y el postizo se despegó.

Mi largo cabello azabache quedó atrapado entre los dedos de su mugrienta mano. Mi glabra cabeza quedó expuesta al frío riguroso del invierno y a las risas estridentes de los dos idiotas a mis espaldas.

«¿Estás enferma, zorra?, ¡Vete a la mierda!» Chilló, lanzándome la peluca.

Escupió al suelo y retrocedió, despotricando y desinteresándose de sus anteriores propósitos.

Corrí otra vez hasta la esquina del edificio, detrás del cual me escondí y observé.

Los vi alejarse y, cuando estuvieron bastante lejos, dominando el temblor causado por el frío, por el miedo y por la vergüenza, volví atrás.

Sabía que tenían que ser ellos quienes se tenían que avergonzar, no yo, pero no podía dejar de sentir aquella abrumada sensación de angustia. Lloré, tratando de no sollozar. No quería que me escucharan, ya se habían reído bastante de mí.

Recogí aquel ovillo enredado, arrojado cruelmente al suelo, que poco antes

cubría mi cabeza. Lo limpié cuidadosamente como mejor pude, y me lo coloqué.

No era sólo una peluca, como pensaba aquel idiota. Era un escudo reconfortante, una barrera protectora que evitaba que diera explicaciones, que me ridiculizaran, que me sintiera continuamente observada y estudiada o que se hicieran hipótesis dañinas sobre mi estado de salud. Me permitía eludir muchas cosas desagradables y vivir una vida normal.

¿No debería sentirme normal por no tener cabello o pelo en el cuerpo?

En cualquier caso, no podía dejarla allí: me había costado casi un sueldo entero, era mía, una parte de mí que en cierto modo odiaba, pero que necesitaba.

Aquellos cabrones no me habían violado físicamente, pero lo habían hecho psicológicamente.

Volví a casa; solo cuando escuché el maullido preocupado de Kitty conseguí dejar de llorar a lágrima viva. Mi pestífera gata se refregó en mis tobillos como si pudiera sentir mi agitación interna y entender mi angustia.

La cogí en brazos y la abracé fuerte.

«Mamá ha vuelto, ¿te apetece un poco de leche caliente?» la consolé, todavía con la voz quebrada.

Después de dejarme acariciar por mi compañera de piso peluda, me di un largo baño caliente.

El frío me había entrado en los huesos. No sé cuánto tiempo estuve en la ducha, creo que al menos media hora. Jaboné cuidadosamente el postizo con champú. Pelo de verdad sobre una papalina de silicona transparente. Al parecer era de lo mejor que había en el mercado para este tipo de cosas. La traté con cuidado, porque era una extensión de mi cuerpo de la que preocuparme.

Intenté recordar los mejores momentos de la velada, pero me acordé solamente de la sonrisa de Richard y de algunas sensaciones agradables que no supe hacer resurgir completamente.

Me prometí armarme de valor. Después de todo, podría irme mucho peor. Las mentiras se pagan, a menudo caras, y yo estaba a punto de recibir una factura muy grande.

Me acosté en mi cama de una plaza y media, no sin antes haber cerrado la puerta con tres vuelvas de llave y haber echado la tranca.

Kitty saltó sobre la cama. Sabía que no le dejaba dormir sobre el edredón bueno, pero lo intenta siempre con su testarudez, y aquella noche no quería

estar sola, así que le permití que durmiera a mi lado. Ronroneó durante algunos minutos, rascando las uñas, lo que en otras ocasiones me habría irritado un poco, y se acurrucó, feliz.

Mañana haré como si no hubiera pasada nada, me prometí a mí misma. Tengo un trabajo que desempeñar y una noche que preparar. No será fácil, pero sé que podré contar con la ayuda de mis amigas y su determinación.

Porque yo no soy una persona que se rinde. Nunca.

- **Capítulo 6 – Un plan infalible**

A la mañana siguiente mis amigas estaban deseosas de saber cómo había ido la noche, qué y cuánto habíamos comido, cuánto había bebido él, qué me había soplado yo, si llevaba bóxer o slip, preguntas a las que no supe responder, y de ahí surgió toda su indignación y contrariedad.

«¿No te has acostado con él?» protestó Terry.

«¿No lo has cabalgado al estilo Wonder Woman y atado a su lazo mágico?» atacó Maggie.

«No, no nos hemos acostado y no creo haber visto nunca Wonder Woman hacer un uso inapropiado de su Lazo de la Verdad»

«Es verdad, pero debería, y también tú deberías divertirte más»

«Me he divertido mucho durante la cena. Qué pena que la noche hubiera acabado antes de lo previsto, y... por el otro percance.»

«En todos los lados hay tontos » decretó Maggie.

Ellas no sabían todo el peligro que había corrido y lo que había pasado. Había quitado importancia a esa parte de la historia y a los problemas que me ocasionó; se lo había comentado sólo porque eran verdaderos detectores de malhumor, y aquel episodio no lo había dejado atrás completamente como esperaba.

Me resonaron en la mente las palabras de una de mis viejas amigas de la universidad, que tuvo menos suerte que yo en una situación similar. Cuando, varios meses después de lo que le pasó, intentó hacernos entender a mí y sus mejores amigas lo que había significado para ella haber sido violada, dijo que era como si le hubieran molido a golpes y ofendido de la peor manera posible, como si le hubieran robado lo más valioso que tenía en el mundo. Pensé que no se refería a algo material, sino a la facultad de elegir, de decidir. Nunca habría podido explicarlo o entenderlo mejor sin haber sufrido una situación dramática de ese tipo, y me alegré de no estar en las condiciones de hacerlo.

Ahora no tenía sentido hablar de ello. Nos esperaba un largo día de trabajo, durante el cual tenía que estar alerta y bien atenta para que Richard no me viera por el hotel con la ropa de trabajo.

Por otra parte, tendría que estudiar un plan de acción para poderme infiltrar en la presentación de forma eficaz sin que nadie que me conociera me viera.

«Chicas, esta noche tengo que a ir a esa presentación sí o sí.»

«¡Claro que irás!» se impuso Terry, luchadora. «¡Que se me caigan las uñas de los pies si no consigo hacerte entrar!»

«No te preocupes, cariño, te ayudarán tus amigas del Valentine. Este hotel

para nosotras es como un viejo amigo. Conocemos sus virtudes, sus defectos y sus secretos.» anunció Maggie, guiñando un ojo y dando énfasis a la frase con su típico humor gastrointestinal.

«Menos mal que esas pastillas que tomas vuelven tus bombasapestosas casi inodoras, si no tendrían que evacuar el hotel un día sí y otro también. De cualquier manera, tenemos un plan.»

Maggie abrió la boca, amenazante. Temí que quisiera fagocitar a nuestra amiga, así que intervine rápidamente: «En vez de discutir, chicas, ¿podrías decirme en qué consiste el plan para esta noche?»

Terry entrecerró los ojos, hasta el punto que ya no conseguí ver sus iris.

Tomó aire profundamente y me pareció escuchar inconfundiblemente de fondo la música de *Misión Imposible*, que sonaba cuando Ethan Hunt explica el plan de actuación, aparentemente imposible, pero factible para ese tío bueno de Tom y compañía.

«Entrarás por la puerta principal a las veintiuno y treinta en punto. Llevarás un sombrero de ala ancha para esconder el rostro, sólo yo y la ballena pectorra sabremos quién se esconderá debajo de él. Cuando Laramie te dejará pasar, no lo mires y no hables, a fin de cuentas no lo hace prácticamente nadie, pobrecito. Limitate a saludar con la cabeza, entra y listo.»

«Perdona, ¿soy yo la ballena pectorra?»

La sutil protesta de Maggie fue ignorada.

«Cuando pases delante de la recepción, a las veintiuno y treinta y uno, Maggie estará limpiando. Garland estará de turno, y ya sabes cómo es de delicado. Ella lanzará una de sus peores bombas, y él seguramente se distraerá y protestará, de ese modo tú podrás pasar desapercibida. Recordatorio para el fumigador: nada de pastillas de carbón vegetal hoy, tiene que oler como el infierno.»

«Me parecéis un poco trastornadas» comenté, dando muy poco crédito a aquel plan, pero la pequeña Terry tenía el fuego en los ojos, cerillas por supuesto, pero siempre de fuego ardiente se trataba.

Me agarró por la solapa y continuó con la explicación del plan delirante: «Se necesita invitación para la presentación y seguramente Mister Larson te reservará un lugar en primera fila como Jenny Lakes. En este caso tendríamos dos problemas: que tendrás que identificarte y tu visibilidad en la sala. Sé que quién controlará las invitaciones será Johnson. Y también sé que todas las noches a las veintiuno en punto se toma un café grande en la sala del

personal. Bueno, esta noche ese momento se alargará un poco más con *esto*.»

Extrajo un pequeño frasco de dentro del sujetador, una dosis única en líquido de una potente medicina contra el estreñimiento.

«Efecto garantizado en menos de treinta minutos. Con un poco de suerte, cuando pases estará todavía sentado en el inodoro vertiendo hormigón. Pero antes, justo en su momento de necesidad, pasaré por el hall. Me mostraré honestamente preocupada por lo que parecerá ser un dolor intestinal, y me ofreceré para sustituirlo, el tiempo suficiente para que vaya al baño y tú puedas pasar.»

«¿Quieres envenenar a ese pobrecito?» objeté, bastante desconcertada.

«No *envenenar*, lo quiere, uhm... ¡*endiarrrear!*» trató de especificar Maggie.

«Estáis más locas de lo normal.»

«Para nada, he pensado yo en todo, incluso en cuando acabará la presentación. Imagino que subiréis para... hablar más de libros, conociéndote es lo que haréis. Y como Jonny estará de ascensorista... bueno, de él conocemos tantos trapos sucios como para dejarnos subir con tal de que no lleguen a oídos equivocados.»

«Sabemos que ha dormido en el ascensor, una vez estaba borracho y traje incluso a una prostituta» atacó diligentemente.

«Por lo que, cuando acabará la presentación, le haré descansar media horita, sin dar explicaciones, simplemente amenazándolo. Entonces Maggie se pondrá su ropa y hará de ascensorista el tiempo necesario, total, tiene la misma envergadura que un hombre robusto.»

«Hey, liliputiense maligna, ¿quieres que te destroce?»

Sonreí, dándome cuenta de que aquella auténtica e ingenua locura demostraba una gran verdad: aquellas dos me apreciaban. Tenía que ser así si estaban dispuestas a hacer de todo por mí, a concederme una oportunidad para ser feliz, aunque fuera sólo por una noche.

Las abracé.

«¿Y vosotras correríais el peligro de montar esta farsa y de renunciar a la noche de San Valentín por mi?, ¿Para permitirme participar en la presentación de mi autor favorito?»

«¡No, no sólo de tu autor favorito, sino de alguien por quien te derrites!» puntualizó Maggie. «Y desde que te conozco con la excusa de contarnos la trama no paras de hablar de sus aburridos libros.» Y soltó una bomba pequeña pero crepitante. « Si eso no es amor...»

«Cielo, piensa que te queremos mucho, y ten en cuenta que para mi marido San Valentín es la excusa perfecta para comernos un sinfín de bombones, que me regala, para después pillar kilos durmiendo encima de la caja. ¿Y qué decir de Maggie? Comparte el piso con un compañero de piso homosexual.»

Las abracé fuertemente e ignoré tanto el manoseo posterior de nalgas, como el hedor intestinal, y comprendí que con su ayuda aquella misión no sería imposible.

-

Capítulo 7 – La presentación

Llevando encima uno de los vestidos más elegantes que tenía en el armario, miré el reloj. El momento de actuar estaba cerca. Me abracé el pecho con los brazos para intentar soportar el frío punzante de la noche. Observé a mi alrededor con mucha cautela. Me había centrado en la misión y era consciente de que estábamos arriesgando mucho, las tres, pero ya había entrado en el juego, ¡Y caray si quería jugar!

Decidí contar lentamente hasta sesenta, para recalcar el último minuto que me separaba de la puesta en acción del plan.

Treinta, mi corazón empezó a acelerar.

Cuarenta y ocho, mi pie izquierdo comenzó a golpear una y otra vez el suelo de la acera.

Sesenta, levanté la mirada del suelo, decidida. El corazón se había calmado y el pie ya no se movía.

Era hora de comenzar.

Gracias al horrible y desfasado sombrero de ala ancha, mi rostro estaba bien escondido de la vista de Laramie, el portero del turno de noche. Cuando pasé, me dio las buenas noches, haciendo su trabajo monótono, y yo me limité a mover la cabeza sutilmente, sin responder.

Estaba dentro.

El hall era grande y, dada la importancia del evento, había un gran movimiento. A pesar de que el acontecimiento no tenía relación con la fiesta de San Valentín, un hotel que llevaba éste nombre no podía librarse de una decoración interior temática.

Espumillones rojos, corazones y angelitos en dondequiera que se mirara, daban al ambiente un toque cursi, o tal vez era yo que estaba demasiado concentrada para poderlo apreciar.

Miré de reojo el mostrador de la recepción. Vi inmediatamente Maggie que estaba limpiando; detrás de ella, el inoportuno y quisquilloso Garland observaba a los numerosos invitados del hotel pasar delante de él.

Cuando la cómplice me vio avanzar, no dijo ni hizo nada, pero su rostro se frunció en una mueca de pura concentración visceral.

Emitió una de esas que en jerga ella llamaba *zullón*: una emanación carente del componente acústico, que en aquel lugar retumbaría no precisamente poco, pero con un fuerte componente olfativo.

Garland adquirió enseguida una expresión desagradable y se alejó lo que pudo, sin abandonar su posición.

«Tus gases son intolerables» le dijo tratando de no gritar, pero yo lo

escuché claramente mientras pasaba delante.

«Sufro una enfermedad crónica. Intenta quejarte a la dirección y llamo al sindicato, ¡palillo sensible!» replicó, para nada asustada.

Intenté controlar la risa, que me entraba espontáneamente, y continué en dirección a la sala de conferencias, donde pensaba que tendría lugar la presentación de Richard.

Un gran póster de él a tamaño real descollaba en la entrada, sin hacerle nada de justicia, mientras un segundo panel, con las portadas de sus últimas novelas y la programación de la cita, resaltaba en el lado opuesto.

Como habíamos planeado, Terry era la encargada de comprobar la lista de los invitados e indicarles el asiento reservado.

Durante un breve instante pensé en el pobre Jhonson; una imagen horrible de él con los pantalones bajados, sudoroso y sentado en la taza del baño, me produjo una ligera sensación de culpa.

Me acerqué a mi segunda cómplice.

«¿La señorita Jenny Lakes?» preguntó.

Le sonreí y asentí con convicción.

«Por favor: fila A, asiento número diez» pronunció. «Qué buena está esta noche» añadió a continuación en voz baja.

Entré y atravesé la sala hasta la primera fila. No conocía a nadie de las personas emperifolladas y con vestidos de marca que compartían mi privilegiada posición, a excepción del alcalde y su mujer.

Afortunadamente para mí, no había nadie presente que pudiera reconocerme, y si aún así fuera, me pregunté cómo habría podido hacerlo con lo elegante que me había vestido.

Richard entró por la puerta de los conferenciantes y enseguida fue recibido con un caloroso aplauso.

Me uní al alegre coro, intentando controlar mi cada vez mayor entusiasmo.

Sonrió con los labios cerrados, como siempre con el izquierdo más alto, y saludó con la mano. Examinó toda la sala con la mirada, deteniéndose en mí. Sólo en aquel momento desplegó una radiosa sonrisa de oreja a oreja, y me guiñó un ojo.

Tomó asiento detrás de la mesa en la que el presentador se encontraba ya preparado para presentarlo.

Después de las típicas frases habituales y haber reiterado el tema del evento, *Lightman Rising*, el último superventas del que conocía los desagradables antecedentes, cedió la palabra al invitado de la noche.

«Buenas noches mis queridas lectoras y fieles lectores. Es un placer y un privilegio estar con vosotros aquí en esta noche tan especial.»

Su mirada se detuvo nuevamente en mí.

«Veo muchas parejas presentes en la sala, espero que participar en esta presentación no haya sido una obligación para nadie; no quisiera ser un motivo de conflicto entre enamorados.»

Algunos rieron, y se escucharon diversos chasquidos de dedos a las espaldas de los culpables.

Richard habló con ironía y emoción de su novela, aunque en ocasiones me pareció menos convincente de lo normal. Era un estupendo orador, pero tenía un humor noble y sincero, demasiado para dejar percibir en su voz una cierta contrariedad. Si hubiera podido escribir todo en papel, habría podido sopesar sus emociones y controlar algunas afirmaciones, pero el evento en directo no se lo permitió.

Verba volant, scripta manent, recitó un proverbio latino, pero en realidad, si se habla de frente a una numerosa y atenta platea, lo que se dice se queda y mucho.

De repente, Richard se puso serio. «Recientemente una de mis lectoras, una persona competente a la que estimo mucho, me ha abierto los ojos sobre algunos aspectos de mi trabajo. Ha sido sincera conmigo, severa y directa como pocos han tenido la amabilidad de ser. Como ya sabréis, escribo desde hace algunos años y comencé mi carrera como auto-editor. Cuando conseguí resultados significativos algunos editores se supieron en contacto conmigo, y mis primeras obras se publicaron nuevamente, sin sufrir retoques importantes, lo cual no puedo afirmar con orgullo de mis últimas producciones.»

Vi rápidamente su mirada triste y dolida. Me habría gustado subir al palco para apoyarlo y animarlo.

«Cuando era joven seguía habitualmente una serie de televisión que a menudo vuelven a echar hoy en día, titulada *Murder, She Wrote*^{III}. Una vez, durante uno de los episodios, le preguntaron a la protagonista, a la queridísima Jessica Fletcher, qué era lo mejor para empezar la carrera de escritor. Ella respondió, espero citar bien la frase: *escribe de lo que sabes y de lo que te gusta.*»

Observó la reacción del público que estaba atento a todas y cada una de sus palabras, como yo también lo estaba.

«Mi carrera en derecho y mi pasión por las novelas policiacas y el género

de suspense me han llevado a escribir muchas novelas de este tipo. Era un campo que conocía bien. Lo que más me gustaba en realidad, era caracterizar las historias y los personajes a mi manera, como a mí me habría gustado leerlos, no pensando en cómo le gustaría al público. Puedo parecer egoísta desde este punto de vista, pero hasta ahora el método me ha funcionado siempre. Lo que me gustaba, le gustaba a mis lectores. Mientras que ahora no estoy seguro de que lo que publico me guste realmente.»

Me di cuenta al momento de que Richard había usado el término *publico* y no *escribo*.

«Por tanto, os anuncio que mi próxima novela, para la que me tomaré todo el tiempo necesario, será una obra auto-publicada, alejándome de las imposiciones de cualquier editor.»

Cuando pronunció esta última frase, Richard pareció rebosar de alegría.

El público estaba sin duda de su parte, a juzgar por la ovación general.

«Así que si de alguna manera he defraudado vuestras expectativas, os pido perdón y os aseguro que no sucederá nunca más.»

Cuando terminó su discurso, Richard dio cabida a las preguntas y a las curiosidades de los lectores. Había muchas cosas que aclarar y el público estaba ansioso de saber todo. Observé cómo muchos pensaban lo mismo que yo, aunque ninguno hasta ahora, ni siquiera los críticos, habían escrito ni una palabra al respecto.

Cuando terminó la ronda, se creó rápidamente una larga fila de personas deseosas de que les firmara el libro, con suerte con una dedicación personal.

Esperé sentada, consciente de que mi turno llegaría pronto.

Sólo cuando la sala empezó a desalojarse, me acerqué a él.

Richard alargó los brazos, incitándome a abrazarlo, y yo lo hice. Nos abrazamos con entusiasmo. Su loción para después del afeitado emanaba un aroma suave pero decidido.

«Mañana tendré que hablar de las obligaciones contractuales con mi editor, pero esta noche quiero disfrutar de esta nueva sensación de libertad, que tengo gracias a ti» me confesó.

«Espero no haberte empujado a hacer algo que pueda perjudicarte» contesté, sinceramente preocupada.

Él negó con la cabeza.

«Como mucho tendré que devolver algunos adelantos y pagar una sanción, pero seré libre de escribir y publicar lo que quiero, sin imposiciones ni fechas de entrega.» Miró a su alrededor y añadió en voz baja: «Y sin escritores

fantasma odiosos y pretenciosos.»

Le coloqué un mechón rebelde que le caía en la frente y le acaricié la mejilla, mientras disfrutaba de su nuevo entusiasmo.

«Como he dicho antes, esta decisión la debo a ti. ¿Qué puedo hacer para compensarte?»

«Bueno, podrías empezar firmando esto». Le pasé una copia en perfectas condiciones de su primera novela auto-publicada. Una versión en encuadernación rústica con las páginas amarillas y un formato cuestionable.

«*Nemesis*, mi primera novela. Fui un poco pretencioso y contenía varias ingenuidades artísticas.»

«Pero la historia era muy bonita y se cogía cariño a los personajes por sus acciones y por sus palabras.»

«Esta es la versión publicada por mí, la primera edición» dedujo después de un examen rápido.

«Una auténtica rareza, pero tranquilo, no lo revenderé después de que lo hayas firmado, y no revelaré a nadie los errores ortográficos que contenía» reí.

«Entonces escribiré una dedicación personal, así aunque quieras te será imposible venderlo.»

Cogió su bolígrafo, apoyó el libro en la mesa y escribió con entusiasmo e inspiración. Sopló para secar la tinta; para mí fue como si inculcara en aquellas gotas una pequeña parte de su alma. Después me lo devolvió, y yo leí la dedicación en voz alta.

«A Jenny, que me ha abierto los ojos y el corazón.»

Un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza. Clavé mi mirada en sus ojos penetrantes, que parecían incapaces de despegarse de los míos.

«¿Conoces algún sitio agradable donde podríamos ir a tomar algo?» preguntó.

Tomando la iniciativa y dejando a un lado la vergüenza, encerré el libro y respondí: «El único lugar al que me gustaría ir es a tu habitación.»

«¿Quieres pasar la noche de San Valentín conmigo?»

«¡Sí!»

No dije nada más.

•

Capítulo 8 – Confesiones

No podía creer que hubiera salido de mi boca, pero no me arrepentía en absoluto.

Richard estaba tan emocionado como yo. Me cogió la mano y escapamos juntos de aquella sala, antes de que alguien pudiera entretenerlo y aplazar nuestro placer.

Mi cómplice me esperaba en el ascensor. Ver a Maggie llevar la ropa de Jhonny me hizo esbozar una sonrisa. Ella me guiñó el ojo imitando con los labios arrugados los besos que Richard y yo nos daríamos. Por suerte, él no la vio: tenía ojos sólo para mí.

No me soltó la mano durante todo el recorrido que nos condujo hasta la habitación, como si temiera que pudiera escapar, justo ahora que había acabado entre sus brazos.

Casi olvidó pasar la tarjeta magnética, pero yo no permitiría ningún obstáculo en esta noche mágica, y se lo recordé justo a tiempo.

Ignoré la sensación de que alguien nos tuviera observando, considerándola todavía parte del miedo tonto que tenía al principio de la noche, y entré con él.

Aquella habitación me resultaba muy familiar; había perdido ya la cuenta de todas las veces que la había limpiado y ordenado, pero ahora aquellas suaves sábanas acariciarían mi piel y la de mi amante; aquellos espejos dorados reflejarían nuestros cuerpos desnudos entrelazados, y las paredes serían testigos de nuestra ansia de placer.

Sin decir nada más, en cuanto entramos dentro, me empujó contra la pared, aprisionándome entre sus brazos extendidos. Me besó sin tregua, quitándome la respiración, invadiendo mi boca mientras sus manos inspeccionaban minuciosamente cada parte de mi cuerpo en llamas.

Comenzó a desnudarme, y yo intenté hacer lo mismo con él, en un frenesí de manos que se obstaculizaban en continua agitación, deseosas de descubrir el cuerpo del otro para embriagarse del recíproco calor.

Casi sin darme cuenta, me quedé en ropa interior llevando la lencería negra de encaja y el picardías que me había puesto para la ocasión.

Me empujó sobre la cama, demostrando una decisión y un ímpetu que no sabía que tuviera, pero que desde luego no me dio ningún fastidio.

Me quitó el sujetador y me cogió por las muñecas, levantándome los brazos.

La expresión indescifrable que pude ver en su rostro cuando observó mis senos desnudos, una mezcla de maravilla y admiración, se transformó

rápidamente en una amplia sonrisa.

Me pregunté de qué se reía en una situación así, pero su emoción era tan contagiosa que produjo la misma alegría en mis labios.

Me besó de nuevo, mientras su pecho lampiño se pegaba al mío. Su piel era fresca, mientras que la mía era fuego apasionado, un contraste que encendía la pasión cada vez que nuestros cuerpos desnudos se rozaban y se presionaban el uno contra el otro.

Sus manos soltaron la presa, en busca de mis senos, que estrujó firmemente antes de detenerse en los pezones erectos. Cuando su mano intentó acariciarme el pelo, aprovechando que tenía en ese momento las muñecas libre le di la vuelta con ímpetu.

Lo miré cara a cara, mis ojos centrados en los suyos, agresiva y luchadora, lo aprisioné como él había hecho conmigo poco antes; le enseñé los dientes, casi en un rugido silencioso, y descendí sobre su cuerpo, haciéndole sentir mi aliento caliente.

Llegué a los bóxers y se los quité con un movimiento brusco; inmediatamente su miembro se deslizó erecto hacia fuera, y no me resistí a apoderarme de él, recibéndolo entre mis labios. Raramente concedía un privilegio similar, pero esta vez lo hice dado el profundo deseo.

Él reclinó la cabeza hacia atrás y gimió virilmente con placer.

Poco después, me quité las bragas y me coloqué encima de él.

Nuestros cuerpos ahora eran uno sólo.

Los tímidos rayos del sol de la mañana nos descubrieron uno junto al otro. Ya no se sentía su perfume, pero el olor de su cuerpo era igual de fantástico. Mi cabeza estaba apoyada en su pecho, mientras su brazo izquierdo me abrazaba los hombros y me cosquilleaba la espalda descubierta.

Sentía que sus ojos intensos estaban abiertos desde hacía algunos instantes y estaban posados en mí, pero yo no tenía el valor de mirarlos.

Después de una larga noche de amor, había reflexionado mucho antes de coger el sueño, especialmente sobre las palabras que Richard había pronunciado en la presentación: *Ha sido sincera conmigo, severa y directa como pocos han tenido la amabilidad de ser.*

Estaba arrepentida por no merecer completamente sus cumplidos y su admiración, y por haberle escondido mis grandes secretos.

Tenía que desvelar la incómoda verdad; si lo amaba y me fiaba realmente de él, tenía que actuar de inmediato. Decidí que comenzaría con lo que

consideraba más personal, el más urgente y arduo de los secretos. El resto lo sabría a su debido tiempo; cada cosa a su tiempo.

«Richard...»

«Por fin te has despertado.»

«La culpa es tuya que me has agotado» lo regañé golpeándole con una mano en el pecho.

Me sonrió tiernamente.

Suspiré. «Tengo que decirte una cosa...»

Le pasé los dedos por los pectorales. A diferencia de la mía, su piel estaba siempre fresca.

«¿A qué viene ese tono trágico? Mira que a mí me puedes contar todo, no cambiaría nunca de opinión sobre lo que siento»

Me levanté de debajo de las delicadas sábanas. El calor de la habitación no me hizo temblar, pero el miedo no me provocó la misma sensación.

Advirtió mi inquietud, se levantó y se incorporó en la cama, y después me cogió la mano, esperando.

«Hay algo que tengo que enseñarte, una cosa que tal vez habría debido hacer antes»

Me escudriñó con atención, sin interrumpirme.

«Dame la mano y prométeme que no cambiarás idea.»

Richard asintió y dejó que colocara su mano entre las mías, que la guiaron hasta mi nuca, debajo del cabello.

Despegué lentamente la papalina de silicona e hice que fuera él quien la levantara y la quitara de mi cabeza, hasta que la prótesis no se desprendió, mostrándome como era realmente.

Traté de leer en su mirada cuáles eran sus pensamientos. No me miraba como si fuera Sigourney Weaver en Alien III, y ni siquiera una versión femenina del profesor Xavier. Me miraba como hacia siempre, con amor, respeto y serenidad.

Sólo las personas que me habían amado realmente, desde mi madre hasta mis amigas más allegadas, me miraban con los mismos ojos cuando me revelaba en mi esencia más íntima.

«¿Es esto lo que querías enseñarme? En realidad es algo que ya había intuido» comentó.

«¿En serio?, ¿Y cuándo te has dado cuenta?»

«Bueno, los indicios eran múltiples: desde que te muestras refractaria a que te toquen el pelo, tu delicadísimo cuerpo, hasta las cejas dibujadas con lápiz;

además, el otro día, al levantarme de la mesa después de cenar observé que en la línea de tu peinado había algo raro. Escribo género policíaco, ¿recuerdas?»

«¿Y no has dicho nada?, ¿Por qué no me has pedido explicaciones?»

«¿Por qué tendría que haber formulado hipótesis sobre tu situación o haber hecho preguntas que no te habrían gustado? Sabía que me hablarías de ello cuando te sentirías preparada, y que a pesar de todo, lo afrontaríamos juntos.»

«Gracias a Dios es una cuestión puramente estética» aclaré enseguida. «Soy así desde pequeña, por culpa de una enfermedad autoinmune que no implica ningún otro tipo de problema. Crecer así no ha sido fácil para mí. Tal vez pensarás que soy frívola por quejarme por esto, pero te aseguro que para una chica no es fácil.»

«Sé que no puedo entender las repercusiones del asunto, y no te juzgo por habérmelo tenido en secreto hasta ahora. Me alegro que no derive de otras problemáticas de diversa naturaleza.»

«Mírame fijamente y dime que para ti no ha cambiado nada.»

Richard me observó atentamente y me acarició la cabeza. En ella sólo había pequeños y finos cabellos, en su mayoría blancos; por el resto, era lisa, suave y caliente como el resto del cuerpo.

Me besó por encima de la frente.

«Tal vez sea obvio, pero tú eres mi princesa. Fuerte y preciosa, como ninguna.»

Sonreí adulada, pero evité mirarle a los ojos.

«En ningún libro se ha hablado nunca de una princesa calva»

«Entonces escribiré yo uno, en el que no sólo habrá una princesa así, sino que será la protagonista principal.»

Me abalancé sobre él y lo abracé fuertemente.

Estuvimos así, pegados y en silencios durante algunos minutos.

«¿Tienes otros secretos que desvelarme?»

«Por ahora no» respondí sin reflexionar, ateniéndome a lo que había ya decidido.

Mi mirada se posó en la pantalla del despertador, sobre el comodín a las espaldas de Richard: marcaba las diez pasadas. Consciente de que mi turno de trabajo comenzaría en menos de media hora, me separé muy a mi pesar de ese calor envolvente.

«Perdóname, a las once tengo que estar en el centro. Tengo una cita con Victoria y no puedo permitirme llegar tarde.»

Mentí de nuevo, y el corazón me dio un vuelco inesperado. Se lo habría

contado también, pero no de inmediato, no después de lo que había descubierto. Además, no tenía tiempo para explicarle todo detalladamente, el deber me llamaba y no podía llegar tarde.

«Entiendo, el trabajo es el trabajo. También yo debería llamar a mi editor cuanto antes. Prefiero evitar que se entere por otros, o incluso por los periódicos, de mis nuevos propósitos. Debería hablar también con mi abogado para ver cómo rescindir el contrato anticipadamente.»

Me miró con ojos pícaros y añadió con tono sensual: «Para ir más rápido, podríamos ducharnos juntos.»

«No creo que adelantáramos mucho. Intentaré darme prisa» dije sonriendo pícaramente y dándole un beso en la boca, deslizándome después hacia el baño con una sonrisa en la cara y sin el postizo.

- **Capítulo 9 – Encuentros (des)afortunados**

Mi turno de trabajo actual era diferente del de las chicas, así que tuve que aplazar una larga conversación sobre lo que había pasado la noche anterior, y resistir al deseo de llamarlas.

Estaba feliz, contenta, enamorada como nunca antes lo había estado. Había desvelado uno de mis secretos al hombre que amaba; quedaba otro, pero sabía que encontraría el momento y la manera adecuada para hacerlo. Y tendría que darme prisa ya que la estancia de Richard en el Valentine no se habría prolongado mucho más. Si queríamos que nuestra relación continuara, algo de lo que estaba convencida, tendríamos que hacerlo sin presiones, sin más secretos ni tapujos entre nosotros. Esta era mi férrea intención, y nada me haría cambiar de opinión.

La idea de una relación a distancia me asustaba casi más que confesarle cuál era mi verdadero trabajo y mi condición social, pero sabía que podría superar ambas cosas porque él era el hombre adecuado.

Descolgué el teléfono con un cierto resentimiento y aparté las cortinas para disfrutar del panorama que se podía admirar desde lo más alto del Valentine.

Como había imaginado, a mi editor no le habían gustado mis nuevos propósitos de independencia y autodeterminación.

Antes de él, había llamado a mi costosísimo abogado de confianza para pedirle consejo sobre diversos aspectos del delicado asunto, por tanto estaba preparado para cualquier contraataque.

Por otra parte, sabía que estaba equivocado y estaba dispuesto a pagar una sanción para liberarme; el contrato que había firmado era evidente. Por suerte, el dinero no me faltaba, así como mis ideas para recuperar mi vena creativa sin escritores fantasma que me pisaran los talones. Por otra parte, con mi musa además de crítico personal, sabía que las cosas irían de la mejor manera posible.

Mi estancia en la ciudad acabaría mañana, pero nada me impedía quedarme algunos días más, por supuesto, a mi cargo.

El estómago gruñía insistentemente, así que decidí ir al centro en busca de un buen restaurante. Cogí mi pesado gabán y dejé la habitación con grandes esperanzas.

Después de dos horas intensas de trabajo, había terminado de preparar las habitaciones que ocuparían por la tarde los nuevos clientes.

Salí secándome la frente y casi me sobresalté cuando vi a Brent fuera de la

puerta, con una sonrisa maléfica dibujada en la cara y un teléfono agarrado en la mano derecha.

Lo ignoré y continué por el pasillo, cuando su voz me alcanzó, fría y letal como una daga entre las paletillas.

«¿Has olvidado que la regla fundamental del Valentine es que el personal de servicio no debe relacionarse con los clientes, en particular con los ricos y famosos?»

Me giré intentando mostrarme lo más relajada e impasible que pude.

«Recuerdo a la perfección esta regla, y no entiendo que quieres insinuar. Ahora si no te importa, tengo trabajo que hacer»

Me volví y continué caminando.

«No tan rápido, putita.»

Me di la vuelta con expresión furiosa, lista para arremeter contra él cuando mis ojos se toparon con la pantalla de su teléfono, situado en frente mío.

En la foto aparecía con Richard cuando, cariñosamente abrazados, estábamos atravesando las puertas de su habitación.

«¿Sabes? Tengo muchas de estas. Borrarlas de mi teléfono te costará un polvo por cada una.»

Con un movimiento repentino intenté arrancarle el móvil de las manos, pero él fue igual de rápido y me lo impidió.

«Da igual que lo destruyas, total, ya he enviado todo el material comprometedor a mi dirección de email personal» dijo regocijándose con desprecio, seguro de sí mismo. «¿Por qué no vienes a mi despacho y te pones contra el escritorio, así retomamos donde lo habíamos dejado? Esta vez te entregarás amablemente si no quieres perder tu trabajo.» Alargó la mano para acariciarme la mejilla.

Me acerqué a él lentamente; le sonreí con seducción, fingiendo estar decidida y haberme dado por vencida, pero después, cuando bajó la guardia, le asesté un rodillazo en el bajo vientre que lo hizo doblarse sobre sí mismo y gemir del dolor.

«¡Si no me equivoco, estábamos justo aquí!» grité, alejándome lo más rápido posible de aquel hombre despreciable.

En el centro había más restaurantes de los que pensaba, y no conocía ninguno. Sin la encantadora compañía de Jenny que hacía de guía, elegir sería un reto.

Mi estómago gruñía como si quisiera hablarme y convencerme para volver

de nuevo al Marea, pero el tráfico, la distancia y el hambre me llevaron a aparcar y a elegir el primer local medianamente acogedor.

Dejé atrás un restaurante francés, ignorándolo completamente. Había considerado siempre su cocina como una mala imitación de la italiana, y no tenía ni la mínima intención de cambiar de opinión en aquel momento.

Un local con un aspecto muy británico llamó mi atención, de modo que decidí darle una oportunidad.

Cuando entré, observé a mi alrededor. Además del agradable aroma y el aspecto acogedor, descubrí algo que no podía creer.

La fortuna me sonrió, y entre los invitados pude reconocer a Victoria Winters. Era tal cual a las fotos que publicaba la prensa amarilla.

A su lado había un asiento preparado y un asiento libre; pensé que era el de Jenny, por el momento ausente, tal vez a punto de llegar.

Me acerqué.

«Buenos días, señorita Winters» comencé con una sonrisa en los labios.

Ella me observó atentamente, al principio suspicaz y titubeante, después abrió los ojos.

«Buenos días, ¿no es usted el escritor de novelas policiacas, el señor Larson? Soy una gran admiradora.»

«Una afortunada coincidencia. Perdome si me he presentado de este modo en su mesa, me preguntaba si la señorita Lakes estaba con usted.»

La mujer adquirió una expresión asombrada. «Perdóneme, ¿a quién está buscando?»

«La señorita Lakes, su asistente personal.»

Victoria movió la cabeza. «Me temo que se equivoca. No conozco a nadie con ese nombre.»

Una chica morena llegó a la mesa y se sentó de frente a ella.

«Perdóneme si he tardado tanto, ¿ya has pedido?» preguntó.

«No pasa nada, Jasmine, en realidad te estaba esperando» respondió ella, afectuosamente.

«Perdóneme por el malentendido, claramente debo haberme equivocado. Espero que disfruten de la comida.»

Ambas me saludaron con un gesto.

Las ganas de comer ya se me habían pasado por completo.

Traté de llamar a Jenny al teléfono para pedirle explicaciones, pero el número no daba señal.

Volví al hotel, preocupado y pensativo.

No podía creer que aquel maldito de Snail me hubiera visto, reconocido e incluso fotografiado, como tampoco podía creer que aquel día el señor Livingstone estuviera precisamente en el Valentine.

Conocía la influencia que Brent tenía sobre él, y encima no tenía a mis amigas con las que contar como apoyo, y corroborar en caso necesario algunos rumores ciertos sobre Snail.

«Kurt, como ves en las fotos que he sacado, la señorita Rivers ha trasgredido la regla de oro del Valentine, entreteniéndose durante toda la noche con un huésped famoso, y quién sabe cuántas veces lo habrá hecho antes de que la descubriera» pontificó Brent con una expresión falsamente consternada.

«¡Ha sido la primera vez!» intenté defenderme.

«¡Al menos tenga la decencia de callar frente a la evidencia! Y pensar que acaba de ser contratada... ¡Qué descaro!» gritó Livingstone.

«Señor» se entrometió Hackmann, el jefe de personal, «Jenny siempre ha sido un elemento excelente. Es una buena trabajadora, honesta y competente. Creo que esta foto demuestra solamente que ella, fuera de servicio, ha pasado tiempo con un escritor que aprecia especialmente, todo el resto no son más que especulaciones.»

«Bruce, es usted más ingenuo de lo que pensaba. Y eso que todos somos hombres de mundo y conocemos la ligereza de ciertos sujetos» dijo con condescendencia. «Creía que elegía a sus limpiadoras con mejor criterio.»

«¿Cómo se atreve a hablar así de sus empleados?» Respondí, iracunda. «¡Cómo si todas las camareras fueran basura!, ¿qué hay de su protegido Snail? Intenta siempre abusar de las novatas, seguro que el aprecio que tiene por él lo protege de cualquier repercusión.»

Fingiendo estar sorprendido por mis afirmaciones, Brent replicó indignado: «Ahora intenta incluso infamarme con acusaciones ridículas; ha tocado fondo.»

Livingstone volvió a la carga: «Yo hablo por experiencia y con criterio, es un hecho que las mujercitas de tu categoría se sienten atraídas por hombres ricos y con poder. Pero aquí en el Valentine no toleraré comportamientos lascivos de ese tipo.»

Hackmann sacudió la cabeza, molesto por las absurdas palabras del propietario, pero yo no conseguí limitarme a eso. Exploté y, desenfrenada, le dije todo lo que me pasaba por la cabeza en aquel momento: «¡Soy yo quien

no soportará trabajar un minuto más para un rico arrogante y borracho como usted, que tiene como amigo a un acosador en serie!, ¡Váyase al diablo usted y su trabajo!»

«¡Soy yo quien la despide! Usted no trabajará más en este sector, y no se atreva a darme la espalda de ese modo!» estalló el ricachón, observando mis espaldas por última vez.

Llegué apresuradamente a la salida, despreocupada por haber dejado mi mejor vestido en el vestuario y por llevar puesta la ropa de trabajo.

Recorrí con grandes zancadas el aparcamiento que había enfrente de la entrada. Mil pensamientos me pasaban por la mente y otras tantas suposiciones, algunas más desagradables que otras, surgían intimidantes.

Mi parte fantasiosa de escritor de novelas de misterio estaba apareciendo lentamente, pero mis pensamientos por Jenny acallaban las hipótesis más absurdas y aquellas en las que no quería creer.

El viejo portero abrió las puertas a mi pasó, le di las gracias y entré, absorto.

Una figura que miraba hacia abajo se movió con gran velocidad hacia mí; cuando ambos nos chocamos y levantamos la mirada, nos reconocimos mutuamente.

Jenny llevaba la misma ropa de trabajo que llevaban las camareras cuando pisé por primera vez la suite.

«Jenny» pronuncié con una expresión indescifrable en el rostro.

Se paralizó ante mí con los ojos y la boca abierta.

«He visto a Victoria hace un rato...» No añadí nada más; verla llevar esa ropa aclaraba muchas cosas.

«¡Te lo quería decir!» Intentó pasar, mientras algunas lágrimas incontrolables le surcaban las mejillas sonrojadas.

La retuve entre mis brazos, impidiendo que escapara.

«Trabajaba aquí, pero tal vez no lo sabía» dijo un joven desde el centro del hall. «Ha sido despedida porque tiene la costumbre de seducir a los clientes con dinero; tenemos pruebas.»

«¡Es falso!» berreó, intentando escapar. «Te querría haber explicado todo...» remarcó, y tras un arrebató impetuoso se liberó de mis brazos y escapó, llorando.

Corrió hacia la carretera, donde un taxi aparcado justo delante del hotel parecía esperarla desde hacía algún tiempo con el motor encendido.

Después de una vacilación inicial intenté alcanzarla, pero una mano en mi hombro trató de frenarme.

«Deje que se marche, es solamente una aprovechadora, nada bueno.»

Me quité de encima esos cinco asquerosos dedos y lo empujé, resistiendo a duras penas a la tentación de golpearlo en la cara.

«¡Cállate, imbécil!» despotriqué contra el joven desconocido y me precipité hacia el taxi.

El vehículo ya se había marchado, llevándose consigo a la mujer que me conocía como ninguna otra en este mundo, que era capaz de sacar mi verdadera esencia, haciéndome sentir realmente comprendido y querido. La mujer que amaba desde hace tanto tiempo, sin saberlo.

-

Capítulo 10 – Un secreto más

Kitty se había limado de nuevo las uñas contra el armario del dormitorio, había esparcido la arena de la caja por todas las partes del baño, y había incluso tirado la cortina de la cocina, que ya tenía más agujeros que un colador.

Individualmente, cada una de estas cosas me habrían hecho enfurecer, y cualquier otro día del año esa loca peluda habría sido perseguida por toda la casa hasta el fin del mundo, o hasta que un merecido castigo no le hubiera llegado a su culo peludo grasiento.

Sin embargo, aquella tarde estaba demasiado deprimida y me faltaba la energía para reaccionar. Fue ella quien vino hacia mí a olerme con expresión sorprendida: logré agarrarla para proporcionarle una dosis extra grande de mimos y caricias.

Ignoré reiterativamente los intentos de Richard de llamarme al teléfono, primero silenciándolo, y por último, apagándolo.

Me paré a pensar que hacía varios días que no hablaba con mis padres y, aunque raramente era yo quien levantaba el teléfono y temía su juicio perentorio, el deseo de desahogarme con alguien era demasiado apremiante.

Después de varios toques, por fin mi madre respondió. El hecho de que fuera yo quien llamara, y encima a esa hora, era tan sorprendente que la llevó a llamar a mi padre, que trabajaba fuera de casa para que se acercara.

Después de un rápido interrogatorio compuesto por cada elemento importante de lo que para ella era la vida, como la correcta alimentación, el tiempo que hacía donde vivía y si tenía un ciclo regular del sueño, sonsacó por el tono de mis respuestas, más soso de lo normal, que algo pasaba. Animó a mi padre a acercarse, y cuando llegó puso el altavoz.

«Cariño, di a mamá que te sucede, que en tu voz percibo un cierto sentimiento de angustia.»

«¿Crees que comerá mucho?» preguntó papá.

«Sí, y mucho si es por eso. Ojalá fuera un problema de comida» repliqué desconsolada.

«¡Calla y déjale hablar!» intimó la voz materna.

«Mamá, papá, lamentablemente tengo una mala noticia que daros: me han despedido del trabajo» anuncié, pensando que sería la noticia más grave para ellos. Por otra parte, no conocían a Richard y sabía que con su mentalidad no darían importancia o valor a una historia de pocos días basada en una mentira, así que me limité a hablar del tema del trabajo.

«¿Y por qué han hecho algo así? Eres una trabajadora fuerte y

concienzuda, ¿por qué te han despedido?» objetó mi padre.

«Según ellos he violado el reglamento del hotel. Como las acusaciones eran injustas, he discutido con el propietario, que además me ha ofendido, así que no creo que se arregle» me limité a decir, sin entrar demasiado en detalles.

«¡Voy allí con la pala y le hago escupir los dientes!» irrumpió papá, combativo.

«Oh, cariño mío, ¿por qué no vienes a casa un tiempo? En la granja siempre hay sitio para ti y aquí el trabajo no falta, ya lo sabes.»

«No, gracias, ¡Estoy bien donde estoy!» protesté, bastante indignada porque mi madre no tenía en cuenta ni lo más mínimo mis esfuerzos para ser independiente. ¿Y luego se preguntaba por qué no la llamaba tanto?

«No me malinterpretéis, os quiero mucho, pero ya me he acostumbrado a vivir en una ciudad grande, no sería capaz de volver a los campos de Delaware.»

«Pero podrías acabar tus estudios. Te queda muy poco para acabar la carrera. Te ayudaremos nosotros con las tasas universitarias» propuso mi madre con extrema dulzura.

«No, mamá, no necesito ayuda. Tengo algunos ahorros para tirar durante algún tiempo, y mientras tanto encontraré algo que hacer. Tengo dos buenas amigas que estoy segura de que me ayudarán»

«Y aquí tienes a tus padres dispuestos a hacer lo mismo, ¡no lo olvides nunca!» exclamó mi padre.

«No lo olvido, no. Perdonadme si os llamo y luego no os dejo hablar, pero preferiría descansar un poco. Quería solo avisaros de cómo están yendo las cosas» Corté por lo sano.

«Como quieras, cielo. Recuerda que tienes que dormir tus ocho horas» concluyó mi madre.

Colgué y hundí el rostro en el cojín.

Kitty, libre de mi asfixiante apretón, primero se dispuso a bajar de la cama, después me observó atentamente, volvió a las andadas y se acurrucó sobre mi espalda.

El sonido insistente del telefonillo me despertó de mi profundo torpor cercano al sueño; un limbo suspendido en el que había bailado toda la tarde.

Me levanté lentamente, dando tiempo a la gata para quitarse de mi espalda. El estómago gruñía como una fiera, ¿y cómo podía culparlo si había saltado

la comida?

Observé el radio despertador del comodín: marcaba las ocho pasadas.

Llegué tambaleante hasta la puerta, a cámara lenta y dolorida por la postura incómoda adoptada durante mucho tiempo.

Antes de que pudiera mirar por la mirilla, una voz conocida atravesó el blindaje como si fuera papel de seda.

«¡Abre, boba!, ¡Somos nosotras!»

«¡Traemos unas ricas pizzas calientes!»

A lo cual siguió un estallido de gases inconfundible.

Quitó el pasador y abrí la puerta.

«Chicas, ¿os habéis enterado?»

«Claro, ese estúpido de Snail no hace otra cosa que jactarse de haber descubierto tu romance y de que su amigo y jefe absoluto te haya despedido. Va por ahí diciendo que embaucas a los clientes más ricos y acomodados, ofreciendo favores sexuales a cambio de dinero» contestó Maggie, crujiendo los nudillos en pie de guerra.

«Afirma incluso que tú le habías propuesto también a él mantener relaciones a cambio de privilegios en el trabajo. Obviamente ninguna de las chicas le cree» añadió Terry.

«Por desgracia, el idiota del propietario se lo ha creído. Adora a Brent desde que le salvó el pellejo y hace caso a todas y cada una de las palabras que dice. ¡Maldito borracho!» estallé horrorizada por lo bien que pegaban los dos juntos.

«Deja que me lo encuentre solo en el pasillo... ¡Lo haré añicos!» gruñó Maggie, furiosa.

«No, chicas, no hagáis absolutamente nada. No arriesguéis vuestro trabajo por mí. Terry, tú tienes una familia que mantener, y tú, Maggie, un estómago devorador que saciar y un alquiler mensual bastante caro» dije, levantando el cartón de la caja de la primera de las dos pizzas familiares con pimienta y doble mozzarella que habían traído pertinentemente.

Comenzamos a masticar inmediatamente, porque la pizza está rica mientras que está caliente, y el hambre tiene que saciarse en cuanto el estómago gruñe.

«Hackmann ha intentado hablar en mi favor, pero ha sido en vano» mascullé entre en un mordisco y otro.

Las dos se intercambiaron una mirada taciturna.

«Y lo ha intentado de nuevo, después de que te has marchado, poniendo en

duda la labor y las intenciones de Snail» manifestó triste Terry.

«Y ese condenado de Livingstone le ha despedido a él también» informó fúnebre Maggie.

Eché al cartón el trozo de pizza mordisqueado.

«No quería esto. Os repito, chicas, no intentéis proteger mi honor y no hagáis nada de temerario contra Brent, tenéis que prometérmelo.»

Las dos comadres asintieron con falta de convicción, mientras mascullaban lentamente la excelente masa italiana abundantemente guarnecida.

«También Richard ha arremetido contra el propietario y Snail» me comunicó tímidamente Terry.

«Es verdad, te ha defendido; parecía muy enfadado. ¿Habéis hecho sexo o no?» preguntó Maggie, comiéndose con los ojos el último trozo de su pizza gigante.

«Cualquier cosa que haya habido entre nosotros, la he echado a perder. ¿Sabéis qué? Le había contado el problema de mi cabello, pero no he encontrado la manera y la ocasión para confesarle en qué trabajo realmente.»

«¿Cómo se lo había tomado?» preguntaron al unísono.

«Muy bien debo decir, no parecía dar importancia al asunto, pero después de lo que ha pasado, pensará que soy una embaucadora mentirosa y ventajista, que hace palanca con su problema para enredar a las personas.»

«Quizás deberías darle una oportunidad. Explicarle cómo ocurrió todo y qué tipo de persona es en realidad tu acosador. Si es de verdad el hombre que crees y realmente siente lo que piensas que siente por ti, entonces te comprenderá y te perdonará» sugirió Terry.

Sacudí la cabeza y traté de no llorar.

«Mañana se marchará, y después de lo que ha sucedido, ya no tendrá nada agradable que decirme. Y no me apetece verlo o enfrentarme a él en modo alguno.»

«Consúltalo con la almohada» me animó Maggie, soltándome una fuerte palmadita grasienta en el hombro.

Después de un licor digestivo después de la cena, a lo cual siguió una segunda ronda, permanecimos hablando todavía durante otra larga media hora, y después aconsejé a las chicas volver antes de que se hiciera demasiado tarde.

«Ahora iros, y tened cuidado con quien os sigue.»

«Tranquila, siempre llevo conmigo un palo extensible de metal y un spray de pimienta» dijo Terry, mostrándome el interior del bolso.

«Yo tengo una pistola eléctrica, aunque una de mis bofetadas con estos cinco dedos regordetes sería suficiente para disuadir a cualquier maleante» contestó duramente Maggie, evacuando nuevamente.

«¡Tú los matarías con el gas intestinal!»

La salida de mi amiga menuda me hizo reír de corazón.

Nos apretujamos las tres en un abrazo conjunto y las acompañé a la puerta. Desde la ventana, seguí su camino hasta el coche. En cuanto se marcharon, me permití llorar.

•

Capítulo 11 – Mi princesa eres tú

«Es inútil que insistas, no daré marcha atrás. Habré cometido errores garrafales estos días, ¡pero haber decido rescindir el contrato no ha sido uno de ellos!» exploté, colgando el teléfono al que ya era mi ex-editor.

Una llamada incesante pero ligera resonó en la puerta de la entrada de la suite.

«Señor, somos las trabajadoras de la limpieza, deberíamos limpiar la habitación ya que su estancia ha finalizado hace algunas horas» anunció una voz dulce.

«Por favor, adelante.»

Me coloqué una mano en la frente, dándome cuenta sólo entonces de la hora que era: eran las seis pasadas, fuera comenzaba a oscurecer, me había saltado la comida, la barba estaba descuidada, llevaba todavía el pijama y la bata, y el vuelo que me llevaría a casa, a Maine, ya había despegado.

Una señora baja y delgadita entró, adelantándose a su compañera mucho más corpulenta. Un ruido indescifrable acompañó su entrada en la habitación.

«Perdonadme, es culpa mía, debería de haberme ido pero...» las observé: tenían algo de familiar. «Vosotras sois las camareras que ordenabais la suite cuando conocí a Jenny, ¿no?»

«Sí, señor Larson, somos nosotras» admitió la más delgada.

«Jenny no quería engañarlo. Esta tonta - la más corpulenta miró malamente a la compañera - dijo lo que dijo para no crearnos problemas. Habíamos insistido a Jenny para que se probara uno de los trajes elegantes que la señora Winters había dejado en la habitación.»

«Habríamos tenido muchos problemas si alguien hubiera descubierto aquel pequeño e inocente pasatiempo. Además, en breve trabajaremos todas para Winters dado que su familia ha comprado la propiedad del hotel el uno de marzo» explicó la primera.

«Entiendo, de todas formas no habría dicho nada si hubierais sido sinceras, y no habría pasado...» reclinó la cabeza.

«¿Qué no habría pasado?, ¡No habría conocido a una chica fantástica!» estalló la bajita con los ojos desorbitados, cerrando la puerta.

«Sí, ¡Y no piense que las palabras de ese degenerado de Snail son ciertas!, ¡Jenny es una buena chica, no he visto nunca una tan sincera y honrada como ella!» añadió la segunda, amenazante.

«De hecho, no he metido nunca en duda su integridad moral, ni dado importancia a las infamias de ese idiota. Querría haber aclarado las cosas, pero escapó. He tratado de llamarla, pero ha apagado el teléfono. Tal vez se

avergüenza demasiado, inevitablemente ahora nuestra historia se ha acabado.»

«O tal vez sólo necesita digerir a su ritmo lo que ha pasado. La han despedido, la han ridiculizado ante el hombre al que ama y acusada injustamente de no ser nada bueno.»

«¿El hombre al que *ama*?» resalté, con renovado interés.

«¡Claro que sí!, ¿quieres que te lo deletree acaso?» respondió la robusta. «Ella te ama a ti y a tus estúpidos libros, que dicho sea de paso, ¡nunca he abierto, ni siquiera por accidente!»

«Bueno, igual deberías; en cualquier caso, ¿no sabrías donde vive? Una vez la he acompañado en un hotel de lujo, pero seguramente ese lugar formaba parte de su puesta en escena.»

«Su barrio no tiene nada de lujoso, eso es verdad. Ahora te escribo la dirección en esta tarjeta. Y a lo mejor digo a la recepción que permanecerás un día o dos más, por si acaso» dijo la delgadita, pasando a un tono más agradable.

Cogí la hoja, leí la dirección y asentí.

«¿Qué haces?, ¿no vas?» gruñó la regordeta con tono intimidatorio.

«Igual si os marcháis y me dejáis vestirme, voy...»

Las dos esbozaron extrañas sonrisas y retrocedieron lentamente hasta la salida.

Llegué al barrio que me habían indicado con facilidad. Me prometí a mismo perder la mala costumbre de alquilar coches en ciudades que no conocía; mi sentido de la orientación no me permitía tomar decisiones tan atrevidas.

Cuando llegué a mi destino, dejé el coche en la calle principal y me adentré en el barrio. La amiga de Jenny había quitado importancia a la fama y al estado ruinoso de la zona.

El sol se había ya puesto, y una lámpara de cada dos no funcionaba. A lo largo de las sucias aceras no había casi un alma.

Muy a mi pesar, me di cuenta demasiado tarde que había pasado delante de una especie de patio semiabierto, dentro del cual había tres delincuentes bebiendo cervezas y fumando algo mucho más fuerte que un simple cigarro.

«Hola, amigo, ¿te has perdido?» preguntó el más bajo de los tres.

«Para nada, estoy buscando una dirección» respondí sin parecer hostil, y menos aún intimidado.

«¡Entonces has encontrado a las personas adecuadas! Dime, ¿a quién estás buscando?» insistió, mientras se acercaba balanceando una botilla medio vacía en el aire.

«Una mujer, de unos treinta años. Cabello largo azabache, muy guapa. Debería de vivir por esta parte.»

Al principio el joven adoptó una expresión incrédula, después esbozó una sonrisa grosera en la que faltaban varios dientes y acabó riéndose ruidosamente.

«¿Te refieres a esa zorra calva?» rió a carcajadas.

Entrecerré los ojos. Lo golpeé en la cara con un Kizami Zuki repentino, aturdiéndolo. No estaba seguro de rematarlo pero cuando vi que sacaba un cuchillo, actué de nuevo instintivamente. Todavía en forma por mis seis años de formación, lo desarmé con un Mawashi Geri ^{IV} preciso. Mientras el joven observaba incrédulo el arma que le volaba de las manos, una segunda patada lo golpeó de lleno en la cara, tumbándolo en el suelo.

«Hay también para vosotros si tan solo os dirigís a ella así u os atrevéis a mirarla mal de lejos, ¿entendido?» los desafié con la mayor firmeza posible para impedir nuevas reacciones adversas.

Los tipos fornidos asintieron; me alejé lentamente, teniéndolos constantemente vigilados. Se cercioraron de las condiciones de su amigo cuando ya estaba lejos.

Di la vuelta a la esquina y por fin llegué a mi destino.

Llamé tres veces, ya que era mi controvertida costumbre. Escuché que se acercaba alguien detrás de la puerta, y el ligero ruido de la mirilla que se abría no se le pasó por alto a mi sensible oído.

«Sé que estás en casa, por favor, ¡ábreme!»

«¡No quiero verte!» chilló desde dentro.

«Por favor, ábreme, quiero hablar contigo.»

«Pero yo no quiero, así que vete o perderás el avión.»

«Ya lo he perdido, pero no me interesa porque es aquí donde quiero estar, contigo.»

Algunos instantes después, la puerta se entreabrió tímidamente.

Jenny se presentó sumamente enfurruñada, con aspecto descuidado y con una papalina morada y lila llena de pelusas.

Una gata negra me observó sospechosamente desde detrás de sus piernas, un instante antes de que se esfumara rápidamente.

«¿Qué significa?» preguntó ella.

«¿Qué significa qué?»

«Lo que acabas de decir fuera de la puerta»

«Me parece que está claro, que quiero estar contigo.» Traté de abrazarla, pero ella retrocedió.

Entrecerró la puerta y me observó, recelosa.

«¿Me querías aunque soy calva como Hellen Phillips?»

«Aprecio mucho a esa compañera, y de todas formas de esto ya habíamos hablado, ¿no crees?»

Asintió en señal de confirmación, y confesó: «Te he mentido sobre mi trabajo. No soy la asistente personal de Victoria Winters, sino una camarera, pero no es nada de lo que avergonzarse» se apresuró a puntualizar.

«Ya sé que no trabajas para Victoria, me lo ha dicho ella misma. Me la he encontrado en un local del centro y la he hablado de ti. Después he vuelto al Valentine, donde te he visto salir con el uniforme del trabajo, y he comprendido todo.»

«Tienes que habértelo tomado mal.»

«Me lo he tomado mal, y mucho, pero no por los motivos que piensas. Tú has considerado importante mentirme sobre tu trabajo y sueldo. ¿Crees que no te habría valorado como persona, como mujer, si hubiera sabido a que te dedicabas?, ¿o que de algún modo me habría aprovechado de ti? Es eso lo que me ha molestado, sólo eso.»

«Te lo quería contar todo, quería contártelo aquella mañana, pero te había ya revelado mi secreto más desconcertante.»

«Tu compañera corpulenta ya me ha explicado el motivo por el que la camarera delgadita había inventado la farsa. Tú decidiste atenerte a ésta, así que podemos decir que se ha tratado de una mentira sin importancia, que seguramente te habrá pesado y que ya has pagado el precio de tus actos.

«No me preocupa eso, encontraré otra cosa. Me refería a lo que has escuchado decir de mí...»

Le coloqué mi dedo índice en los labios.

«¿Crees que puedo dar crédito a semejantes afirmaciones? En persona te conozco desde hace poco, eso es verdad, pero me siento como si te conociera desde siempre, como si nuestras conversaciones se hubieran interrumpido sólo el día antes de nuestro encuentro. Eres transparente para mí, veo quién eres realmente, más allá de tu trabajo o de tu problema autoinmune. Conozco todo lo demás, lo que cuenta de verdad.»

Me acerqué lentamente, y esta vez no retrocedió.

La abracé, y en seguida correspondió fuertemente, invadiendo mi cuerpo helado con su calor envolvente.

Luego sus labios se posaron en los míos, y todos los malentendidos, todas las lágrimas, las palabras vacías y los malos pensamientos que cada uno de nosotros había tenido, desaparecieron como si nunca hubieran existido.

-

Epílogo

Seis meses después de mi despido, volví a pisar el Valentine junto a Richard, en ocasión de la presentación de su nueva novela.

No estaba allí presente como parte del público, sino como su prometida y futura mujer. Para aquella noche especial quería tener al lado a su editor de confianza y, quiero creer, a su musa. Sin duda le había servido de inspiración para su nuevo libro, una elección atípica para él visto que se trataba de una novela romántica en la que la protagonista era una moderna princesa de hoy en día: fuerte, decidida, independiente y... calva.

Sí, había mantenido su promesa, y esto me hacía sentir aún más orgullosa de él.

Saludé encantada al señor Hackmann, y me gustó ver los nuevos uniformes de supervisor que llevaban mis queridas compañeras Terry y Maggie.

Claro, es verdad, todavía no os lo he contado. Antes de marcharse, Richard habló con Victoria Winters. Ponerse en contacto con ella había sido fácil.

No sé cómo lo hizo para convencerla, pero el resultado hablaba por sí solo: Snail había sido despedido, Hackmann readmitido y mis amigas ascendidas.

Por un momento sospeché que pudiera haberle dispensado favores sexuales para obtener semejante resultado, pero conocer las preferencias de Winters me tranquilizó.

También mis padres habían presenciado la presentación, exclusivamente en primera fila. Para la ocasión habían dejado los lejanos campos de Delaware y habían venido. Pensé que había llegado el momento de presentarles a mi futuro marido y mostrarles el resultado de mi último trabajo.

Tengo que admitirlo, el Saint Valentine me había ayudado a realizar un gran cambio en mi vida, y tenía que volver a creer en San Valentín, que por una vez había sido favorable. Ahora, en aquella sala abarrotada, ante la presencia de personas amadas y de muchas fans que vigilar, estaba al otro lado de las gradas, junto al hombre que amaba y que me consideraba su princesa.

-

Agradecimientos

Estoy muy emocionada y apasionada con la idea de haber llegado al final de la escritura de mi segundo libro. Si *Te Amo, Ich Liebe Dich, I Love You* fue para mí un placentero comienzo, esta segunda obra la he escrito con mayor determinación y esfuerzo, apostando inmediatamente por el apoyo de una editora de confianza para evitar torpezas estilísticas e incómodos despistes. Con *Te amo my Valentine*, espero poder regalar a mis lectoras un buen rato, emociones sinceras y algunos pequeños momentos de reflexión.

Si consigo al menos uno de estos tres propósitos me doy por satisfecha. Ojalá sea así.

Aprovecho la ocasión para dar las gracias a los valiosos profesionales que han colaborado en este proyecto: **Lorena Laurenti**, que ha realizado también esta vez un maravilloso trabajo gráfico, tanto para el ebook como para la edición impresa, satisfaciendo al máximo mis expectativas. **Mara Fontana**, que después de haber editado la segunda edición de mi primer libro, se ha hecho indispensable. Me ha ayudado mucho en la fase de revisión, llevándome a ampliar algunos pasajes y a explicar mejor otros. **Simone Lari**, que ha sido mi mentor en esta aventura en Amazon desde el principio. Paciente y competente, me ha enseñado los pequeños grandes secretos de este fascinante mundo y, lo que es fundamental, me ha presentado a su diseñadora gráfica y a su editora.

Para quien todavía no lo sepa, se trata de tres excelentes escritores, con muchas novelas publicadas y mucha más experiencia que yo en este sector. Os aconsejo buscar sus publicaciones en Amazon, estoy segura de que encontraréis algo que os gustará.

¡Gracias una vez más a todos vosotros! Si queréis poneros en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de mi correo electrónico o en Facebook:

EllenSimonWriter@gmail.com

Un beso, ¡Hasta pronto!

Ellen

•

Bibliografía

Te Amo – Ich Liebe Dich – I Love You
Te Amo, my Valentine

Note

[←1]

Snail: babosa

ⁱ Traducción del inglés: rivers = ríos; lakes = lagos.

ⁱⁱ *Murder, She Wrote*, conocida en España como “Se ha escrito un crimen”.

^v Se trata de golpes de Karate, el primo consiste en un tipo de puñetazo, el segundo en un tipo de patada.

Table of Contents

<u>Capítulo 1 - Trabajar para vivir</u>	
<u>Capítulo 2 – La suite de Victoria Winters</u>	
<u>Capítulo 3 – Un encuentro inesperado</u>	
<u>Capítulo 4 – Una cena especial</u>	
<u>Capítulo 5 – Las mentiras tienen un precio</u>	
<u>Capítulo 6 – Un plan infalible</u>	
<u>Capítulo 7 – La presentación</u>	
<u>Capítulo 8 – Confesiones</u>	
<u>Capítulo 9 – Encuentros (des)afortunados</u>	
<u>Capítulo 10 – Un secreto más</u>	
<u>Capítulo 11 – Mi princesa eres tú</u>	
<u>Epílogo</u>	
<u>Agradecimientos</u>	
<u>Bibliografía</u>	
<u>1</u>	
<u>←1</u>	